

IGUALES PERO DIFERENTES

TRAYECTORIAS HISTÓRICAS PREHISPÁNICAS EN EL CONO SUR

Lorena Sanhueza - Andrés Troncoso - Roberto Campbell {editores}

SOCIAL-EDICIONES



IGUALES PERO DIFERENTES

TRAYECTORIAS HISTÓRICAS
PREHISPÁNICAS EN EL CONO SUR



IGUALES PERO DIFERENTES

TRAYECTORIAS HISTÓRICAS
PREHISPÁNICAS EN EL CONO SUR



EDITORES

Lorena Sanhueza, Andrés Troncoso, Roberto Campbell

SOCIAL-EDICIONES

Iguales pero diferentes: trayectorias históricas prehispánicas en el Cono Sur. / Editores Lorena Sanhueza, Andrés Troncoso y Roberto Campbell. 1ª ed. Santiago: Social-Ediciones, 2020.

244 p. :il.; 24 x 17 cm.

Notas:

ISBN 978-956-19-1175-8

ISBN Digital 978-956-1176-5

1. Cazadores recolectores - Chile 2. Diaguitas - Antigüedades 3. Costumbres funerarias - Chile
4. Antropología - Chile - Zona norte 5. Etnología - América del Sur 6. Arqueología - Chile -
Investigaciones I. Sanhueza, Lorena, ed. II. Troncoso, Andrés, ed. III. Campbell, Roberto, ed. IV.
Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales

CDD20 980.00498



SOCIAL-EDICIONES

IGUALES PERO DIFERENTES.

Trayectorias históricas prehispanicas en el cono sur.

© 2020, Lorena Sanhueza

© Social-ediciones, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

www.socialediciones.facso.cl

Comité Editorial Social-ediciones: Roberto Aceituno, María José Reyes, Svenska Arensburg,
André Menard, Pablo Cottet, René Valenzuela.

A excepción de la introducción, todos los artículos contenidos en este libro estuvieron sujetos a un proceso de evaluación por pares externos. Cada artículo fue revisado por dos evaluadore/as externas y el comité editorial.

Comité Editorial:

Dra. Isabel Cartajena. Departamento de Antropología Universidad de Chile.

Dra. © Itaci Correa. Departamento de Antropología, Universidad Alberto Hurtado.

Dr. Francisco Garrido. Museo Nacional de Historia Natural.

Este libro fue realizado con el apoyo del programa de estímulo a la excelencia institucional (PEEI) de la Facultad de ciencias sociales de la Universidad de Chile mediante su concurso de Fortalecimiento de productividad y continuidad de investigación (FPCI) 2016-II.

Coordinación editorial: César Castillo.

Dirección Creativa: René Valenzuela

Diseño: Pablo Rivas.

Catalogación: Ximena Montero y Orlando Muñoz.

ISBN: 978-956-19-1175-8

RPI: 2020-A-3734

Primera edición de 500 ejemplares.

Santiago de Chile, septiembre, 2020.

CONTENIDO

- 7 **TRAYECTORIAS HISTÓRICAS EN SOCIEDADES CAZADORAS RECOLECTORAS Y AGRARIAS EN EL CONO SUR: UNA INTRODUCCIÓN**
Lorena Sanhueza, Roberto Campbell y Andrés Troncoso
- 17 **DIFERENCIACIÓN SOCIAL EN ISLA MOCHA DURANTE EL COMPLEJO EL VERGEL (1000-1550 D.C., SUR DE CHILE)**
Roberto Campbell
- 45 **TRAYECTORIA HISTÓRICA Y COMPLEJIDAD ENTRE LOS CAZADORES-RECOLECTORES-PESCADORES DEL HOLOCENO MEDIO EN LA COSTA NORTE DE CHILE**
Diego Salazar, Ximena Power, Pedro Andrade, Carola Flores, Sandra Rebolledo, Jimena Torres, Gabriel Easton, Ignacio Monroy, Cesar Borie, Laura Olgúin y Jean Louis Guendón
- 91 **¿TÚMULOS SIN COMPLEJIDAD? UNA DISCUSIÓN DESDE CHILE CENTRAL**
Lorena Sanhueza R.
- 107 **LA CONSTITUCIÓN DEL LIDERAZGO EN LA CULTURA DIAGUITA CHILENA: HUMANOS, NO HUMANOS Y PERSONA**
Andrés Troncoso
- 135 **LOS TÚMULOS DE AZAPA: REFLEXIONES SOBRE COMPLEJIDAD SOCIAL EN LOS PESCADORES EN TRÁNSITO A LA AGRICULTURA EN ARICA**
Iván Muñoz Ovalle
- 169 **TRAYECTORIAS DE DIFERENCIACIÓN MATERIAL Y SIMBÓLICA DURANTE EL PRIMER MILENIO DE LA ERA CRISTIANA EN EL NOROESTE ARGENTINO**
María Cristina Scattolin
- 211 **ARQUEOLOGÍA Y COMPLEJIDAD SOCIAL EN LA PAMPA DEL TAMARUGAL: REVISANDO LOS ASENTAMIENTOS DEL PERÍODO FORMATIVO DE TARAPACÁ, NORTE DE CHILE**
Mauricio Uribe, Simón Urbina y Estefanía Vidal

TRAYECTORIAS DE DIFERENCIACIÓN MATERIAL Y SIMBÓLICA DURANTE EL PRIMER MILENIO DE LA ERA CRISTIANA EN EL NOROESTE ARGENTINO

María Cristina Scattolin

Las tendencias de cambio social durante el primer milenio de la era cristiana (EC) constituyen uno de los temas de debate en la arqueología del Noroeste argentino. La reflexión gira en torno a procesos de integración jerárquica regional y la emergencia de diferencias en el acceso a bienes materiales y simbólicos (Laguens 2004, 2006; Pérez Gollán 1991, 2000; Tartusi y Núñez Regueiro 1993). Con el objeto de comprender el paso desde las primeras sociedades aldeanas a las formaciones posteriores, se enfocará el uso de cultura material en el sur de los Valles Calchaquíes –sobre todo la arquitectura y la cerámica– en el marco de las estrategias sociales que generaron recursos de orden material y simbólico. En el transcurso del primer milenio EC operaban modos alternativos de diferenciación del espacio y de inversión en el paisaje arquitectónico que otorgaron preponderancia a medios materiales y simbólicos distintos. Ellos produjeron formas diversas de jerarquización del espacio y de la arquitectura comunitaria.

El paisaje se engendra mediante una inscripción y reconocimiento de la acción de las generaciones pasadas que han obrado y morado en el lugar y han dejado algo de sí (Connerton 1989; Ingold 1993). La evocación continuada de sus consecuencias materiales es señal de creación de valor social. Se sostiene aquí que los atributos del paisaje edificado se pueden examinar —como los de la cerámica (Scattolin 2003) y otras manufacturas— como conjuntos de recursos de diseño, formales, técnicos y simbólicos a los que se puede acudir para conformar el ambiente construido según las posiciones, capacidades, disposiciones y estrategias sociales de los agentes involucrados en su construcción. Para este análisis emplearemos algunos conceptos, como “recursos”, “capital”, “estrategias de inversión”, “estructuración”, “reconocimiento”, adoptados de nociones que Bourdieu ha propuesto en varias de sus obras (1994, 2000). También me apoyo en estudios que lograron extraer información social de los artefactos (Gero 1989) y de la arquitectura arqueológica (Nielsen 1995), en particular, mensajes de valor simbólico.

Buscamos entender qué es lo que ordena la organización de los asentamientos. Los principios ordenadores operan a distintas escalas desde las rutinas domésticas y trabajos diarios hasta las reuniones concertadas y celebraciones periódicas.

dicas. Aquí enfocamos sus manifestaciones materiales en la instalación humana en base a evidencia arquitectónica que ocurre sobre extensas superficies. Tomar esta perspectiva de análisis presenta ciertas limitaciones a causa de la mayor incidencia y cantidad de datos provenientes de la superficie (Zvelebil et al. 1992:193-197). No obstante, los sitios se tratarán a esa escala de análisis amplia, la de las construcciones residenciales y sus partes anexas, las cuales pueden distinguirse según su localización, disposición, circunscripción, densidad y volumen, entre otras dimensiones de variabilidad. Estas cualidades materiales pueden poner de manifiesto un capital simbólico asequible de ser apreciado, es decir “una propiedad cualquiera, (...) que, percibida por unos agentes sociales dotados de las categorías de percepción y de valoración que permiten percibirla, conocerla y reconocerla, se vuelve simbólicamente eficiente, como una verdadera *fuera mágica*: una propiedad que, porque responde a unas ‘expectativas colectivas’, socialmente constituidas, a unas creencias, ejerce una especie de acción a distancia, sin contacto físico” (Bourdieu 1997: 172-173).

En el sur de los Valles Calchaquíes se distinguen –en la escala de análisis mencionada–, al menos, dos modos de estructuración del espacio arquitectónico que han sido considerados, anteriormente, como indicadores de jerarquización de asentamientos (Assandri 2007; Assandri y Gastaldi 2018; Raffino 2007). Una clase nace de la agregación de personal en un espacio habitacional destacado y la otra surge de la singularización de un punto en el espacio como marca perdurable. Ellos demandan inversiones de trabajo material y simbólico por parte de los grupos humanos involucrados, es decir, requieren esfuerzos corporativos. A cada modo se aplican distintos principios de construcción del paisaje, entendiendo principio como “la estructura de la distribución de las especies de capital eficientes en el universo social considerado –y que por lo tanto varían según los lugares y los momentos”, tal como fuera definido por Bourdieu (1997:48-49).

Aquellos lugares donde la edificación se basó en la concentración de población, es decir, la colocación de efectivos humanos en un espacio habitacional aglutinado y destacado, con unidades constructivas colindantes, se manifiestan materialmente como sedes físicas de recursos ligados a la posesión de una red duradera de relaciones de conocimiento y reconocimiento o, en otros términos, de pertenencia a un grupo, es decir, de recursos sociales (una especie de “capital social”) y de fuerza de trabajo (una especie de “capital económico”) (Bourdieu 2000). Representan la construcción de un sitio destacado, fijo, un contenedor definido, un lugar residencial como sede de interacciones sociales concentradas –con las repercusiones simbólicas que esto haya podido acarrear–, fundado sobre recursos de estructuración del espacio diferente a aquellos en donde el

espacio se destaca por medio de otros rasgos arquitectónicos sobresalientes, en particular los montículos y plataformas.

Por su parte, la edificación de túmulos o montículos recurre a medios de jerarquización distintivos y se expresa en la erección o renovación de monumentos, es decir, el empleo de medios de impacto visual y escenográfico en un espacio singular distinguido. Actúan como sede de prácticas conmemorativas, administración de bienes sacros y conservatorio de una cosmología y de saberes (“recursos de salvación” y vehículos de transmisión de información y de inculcación de la herencia cultural, una especie de “capital cultural”) (Bourdieu 2000).

Ambos modos requieren esfuerzos corporativos, pero son esfuerzos a los que se aplican diferentes principios de inversión. En un caso, se despliegan medios que materializan redes de relaciones sociales de parentesco y alianza y, en el otro, se invierte en acciones conmemorativas, calendáricas y celebratorias, pero ambos modos pueden ser movilizables y aptos para producir efectos simbólicos. Obvio es decir que dentro de las viviendas se pueden hallar y se han hallado rasgos arquitectónicos de magnitud menor que los que aquí examinamos, como pozos de ofrendas, entierros de fetos de camélidos, clausuras rituales de habitaciones y otras que también constituyen prácticas conmemorativas, celebratorias y rituales, sin embargo, no serán analizadas en este trabajo.

Los recursos arquitectónicos y el paisaje construido, así como los bienes artesanales, constituyen bienes culturales apropiables y, por ende, pueden ser movilizables y aptos para producir efectos simbólicos. Además, tanto el paisaje construido como los conocimientos sociotécnicos se incorporan a los agentes mismos en forma de capacidades (“capital cultural incorporado”, “habitus”, Bourdieu 2000) para disponer del uso, ocupación, comprensión y apropiación de la cultura material.

Una vez hecha la inversión, como en toda transformación material mediante el trabajo, el paisaje queda enriquecido o “capitalizado”. La obra se arraiga en el paisaje físico y se encuentra disponible para ser transmitida, heredada de generación en generación, de persona a persona y disponible para transmutarse en “capital simbólico” o, más bien, para producir “efectos simbólicos”. Así, el paisaje construido se constituye en una especie de “capital” agregado, de una manera material y objetiva, como si fuera un “monumento”. Además, dicho paisaje construido se incorpora a las personas mismas en forma de capacidad para disponer del uso (ocupación), comprensión y apropiación de la obra construida. En la medida en que el paisaje construido se desarrolla en un ámbito de competición, se conserva como un recurso acumulado activo.

Área de estudio y cronología

El área de estudio se ubica en el sur de la Calchaquenia (Salfity 2006) y abarca el valle de Santa María, el valle del Cajón y la falda occidental del Aconquija, entre los 2000 y 3300 msnm aproximadamente (Figura 1). Las comunidades aldeanas que habitaron allí ofrecen una oportunidad de considerar los criterios teórico-metodológicos de diferenciación material y simbólica tenidos en cuenta para su estudio arqueológico en el Noroeste de Argentina.

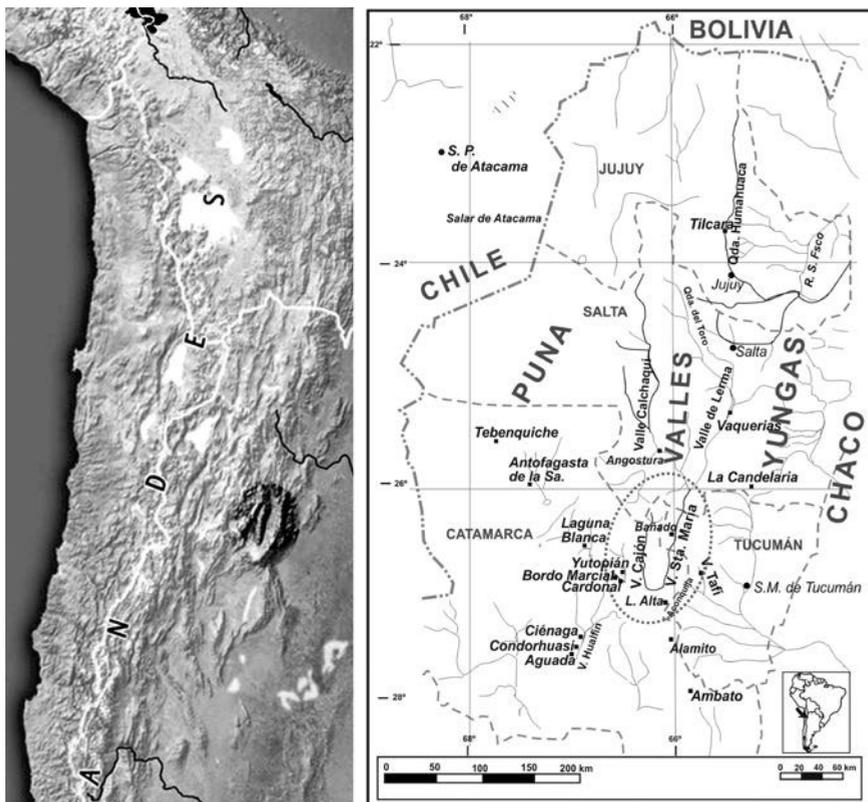


Figura 1. Área de estudio en los Andes del sur y en el Noroeste argentino.

Esas comunidades preceden a los poblados aglomerados y fortificados del período Tardío o de los Desarrollos Regionales (1000-1500 EC) que los españoles vieron todavía en funcionamiento a su llegada, y también a las famosas urnas funerarias de estilo Santamariano (Nastri 2008). De este último período prehispanico quedaron relatos históricos que ayudan a su conocimiento y per-

miten llamar a los últimos habitantes de tales pueblos por los nombres con los que fueron registrados: yocaviles, quilmes, tolombones, cafayates, hualfines, etc., englobados en conjunto bajo la denominación de diaguitas. Pero las poblaciones anteriores, que son de mi interés, se conocen sólo por sus restos arqueológicos, carecen de nombres propios, por eso, al momento de mi primer acercamiento a ellas –hace treinta años– comencé a llamarlas presantamarianas o precalchaquies y también les cabría el término prediaguitas. En ese entonces, faltaban investigaciones sistemáticas de largo plazo, no se contaba con estudios estilísticos de su cultura material, ni se habían analizado colecciones de objetos completos de dicha época. Incluso las unidades arqueológicas correspondientes a ese momento carecieron de fechados radiocarbónicos hasta el año 2000 (Scattolin 2006a).

En contraste, el primer milenio EC había sido identificado con claridad al sur de mi área de estudio, en el valle de Hualfín (y poco después en la zona del Alamito, Núñez Regueiro 1974), por la distribución temporal y espacial de estilos como Condorhuasi, Ciénaga y sobre todo del estilo Aguada, cuyos iconos más representados son “el guerrero” y “el jaguar”. Como se sabe, el valle de Hualfín ha provisto la secuencia temporal principal que rige las periodizaciones más conocidas y las descripciones de los estilos más populares en el núcleo árido del Noroeste argentino, los cuales, en gran parte, fueron establecidos por A. Rex González en las décadas de 1950 y 1960 (González y Cowgill 1975), quien también postuló la existencia de varias culturas arqueológicas. Luego, en los años 1980 y 1990, se situó el centro de origen de la cultura arqueológica Aguada en el valle de Ambato (Pérez Gollán y Heredia 1990; Pérez Gollán 1991; Tartusi y Núñez Regueiro 1993).

Al noroeste de mi área de estudio se halla la Puna, cuya arqueología aldeana era conocida –al inicio de mis estudios– por los asentamientos de Laguna Blanca (González 1977: 374-375), los sitios monticulares de Casa Chávez en Antofagasta de la Sierra (Olivera 1991) y las estancias y cementerios de Tebenquiche (Krapovikas 1955). Allí, la cerámica más común presenta menos atributos externos distintivos, su estilo está más despojado de ornamentación. En cambio, hacia el noreste, en la más lluviosa vertiente andina oriental, los estilos corrientes del primer milenio usaron modelados plásticos zoomorfos y antropomorfos, incisiones y pintura, por ejemplo, en la cerámica de La Candelaria. En los años setenta, Osvaldo Heredia formuló una secuencia de cambios en dicha alfarería que abarca aproximadamente los primeros mil años de la EC (Heredia 1974). De los valles de Tafi y Anfama, en la vertiente oriental, también se conocían sus modalidades alfareras, aunque fueron menos estudiadas desde el punto de vista iconográfico; no obstante, sus instalaciones habían sido estudiadas extensivamente (Berberían

1989; Cremonte 2003; González y Núñez Regueiro 1962).

En cambio, la región de mi estudio carecía de clasificaciones cerámicas específicas para la época presantamariana, no había allí una historia cultural bien establecida y no se distinguió ninguna cultura local o estilo propio del primer milenio EC. En eso difiere de otras regiones del Noroeste argentino para las cuales –durante los años 1960 y 1970– se crearon las principales culturas arqueológicas hoy conocidas. No obstante, el área no se libró de preconceptos. De hecho, la imagen que se tiene todavía hoy de los estilos cerámicos prediaguítas se ha moldeado sobre lo que se conocía de Hualfín. Ello queda de manifiesto en el cuadro cronológico de la Figura 2 (arriba), donde para el primer milenio EC se atribuye al valle de Santa María y Calchaquí los mismos estilos y culturas que en Hualfín. Dicha atribución fue examinada a partir de mis estudios en el área.

Por falta de fechados, en la etapa inicial de la investigación y de una manera provisional, me tomé “la libertad de hablar del primer milenio A.D.” (Scattolin 2003:66), y consideré al Período Formativo también en un sentido amplio, que comprendía provisoriamente los componentes arqueológicos agroalfareros entre el año 500 a. C. hasta el Período de Desarrollos Regionales o Período Tardío, cuyo comienzo se postula hacia el 1000 EC (Greco 2012). De esa manera buscaba restringirme al contenido temporal del término y despojarlo de los rasgos evolutivos que acarrea el concepto de Formativo, ligado a la periodización de Núñez Regueiro (1974) (Figura 2, centro). Usar la frase “primer milenio EC” me permitía evocar el período Formativo sin tener que afiliarme a expresiones cargadas de supuestos teóricos implícitos o explícitos.

Al carecer de tipologías propias, también los nombres de tipos más usados en las clasificaciones de materiales cerámicos “presantamarianos” fueron tomados preferentemente de la zona de Hualfín y Alamito. Pero si los nombres de

Figura 2. Arriba: Cuadro cronológico de Alberto Rex González de 1963. A los valles de Hualfín y de Calchaquí (recuadro punteado) se les atribuyen las mismas culturas, originalmente definidas en el primero. Centro: Periodización de Núñez Regueiro (1975). Ninguna de las culturas mencionadas para el Formativo Inferior y Medio es propia de los valles de Santa María, del Cajón o de Aconquija. Obsérvese el recuadro singular de Formativo Medio adjudicado con exclusividad a una sola entidad cultural: Aguada. Abajo: Cartel autógrafo de José A. Pérez Gollán redactado para usar en la catalogación de las colecciones arqueológicas depositadas en el Museo Etnográfico. A esos fines prácticos, la única cultura que ocupa el lapso entre el 600 y el 1000 EC es la de Aguada.

DEVELOPMENTAL PERIODS	GEOGRAPHICAL SUB-AREAS								
	PUNA				VALLISERRANA			SELVAS	
	NORTH	SOUTH	HUALFIN	CALCHAQUI	TAFI	SANTIAGO DEL ESTERO	LA RIOJA SAN JUAN	OCCIDENTALES	
1500	EMPIRE	INCA	INCA	BELEN III BELEN II BELEN I	SANTA MARIA III SANTA MARIA II SANTA MARIA I	INCA SANTA MARIA II	BLACK ON RED POTTERY AVERIAS	SANAGASTA	SANTA MARIA INFLUENCE
1000	Late	PUNA COMPLEX		HUALFIN I	SAN JOSE				
	Middle	POZUELOS		AGUADA CONDORHUASI	AGUADA	TAFI III TAFI II	SUNCHITUYOC	AGUADA	CANDELARIA III CANDELARIA II
600	AD CERAMIC	LAGUNA BLANCA	TEBENQUICHE	CENAGA I	CENAGA I		LAS MERCEDES	CENAGA I	CANDELARIA I
0	BC					TAFI I			
800									

EDAD	ETAPA	PERIODOS	CULTURAS	GONZÁLEZ (1963)	GONZÁLEZ Y PÉREZ (1966)	GONZÁLEZ Y PÉREZ (1975)	LAGIGLIA (1968)	SCHOBINGER (1969)	RIBEIRO (1971)			
1640	DEPREDAORA	COLONIAL	COLONIAL			COLONIAL	COLONIAL		IMPERIO MERCANTIL SALVACIONISTA			
1536		HISPANO INDIGENA	CASPINCHANGO CACHI A DENTRO			HISPANO INDIGENA			IMPERIO TIBETANO			
1480		IMPERIAL	INCA	IMPERIAL o INCA	INCA	INCA	INCA	ALTAS CULTURAS				
1360		PRODUCTORA	DESARROLLOS REGIONALES	SUPERIOR	HUMAHUACA	ESTATAL-EXPANSIVO	INTER MEDIO	TARDIO	TARDIO	ESTADOS RURALES ARTESANALES		
1000				INFERIOR	SANTA MARÍA BELEN SANAGASTA						CERÁMICO TARDIO	
850			FORMATIVO	SUPERIOR	ALFARCITO TAFI II ISLA HUALFIN SAN JOSE		CERÁMICO MEDIO	PRIMER PERIODO o TIKHIANACO WARI	MEDIO		MEDIO	ALDEAS AGRÍCOLAS INDIFFERENCIADAS
700				INFERIOR	SALLIL CIENAGA CONDORHUASI ESTANCIA GRANDE CAMPO COLORADO ALAMITO, etc.		CERÁMICO TEMPRANO	FORMATIVO REGIONAL SURANDINO o NEOLÍTICO ENEOLÍTICO	TEMPRANO		TEMPRANO	
600		PRE-CERÁMICO	ARCAICO	FUENTE del DIABLO?		PROTOFORMATIVO o PROTONEOLÍTICO	AGRICULTURA INCIPIENTE	PRE-CERÁMICO TRANSICIONAL	PROTO NEOLÍTICO			
800			PRE-AGRICOLA	SUPERIOR	CAZADORES RECOLECTORES ESPECIALIZADOS	PRE-CERÁMICO	PALEOINDIA o PALEOLÍTICA	PRE-CERÁMICO	PRE-CERÁMICO AVANZADO	PALEOLÍTICO con PUNTOS DE PROTECTIL		
8000				MEDIO	RECOLECTORES INDEPENDIENTES				PRE-CERÁMICO MEDIO	PROTO MIOLÍTICO		
13000	INFERIOR			RECOLECTORES INDEPENDIENTES	PRE-CERÁMICO ANTIGUO							
?									TRIBUS DE CAZADORES RECOLECTORES			

* **FORMATIVO** 500 AC - 600 DC
 - CANDELARIA
 - CIENAGA
 - CONDORHUASI
 - TEBENQUICHE

* **INTEGRACION** 600 DC - 1000 DC
 - AGUADA

* **DESARROLLOS** 1000 DC - 1450 DC
 - SANTA MARIA
 - SAN JOSE
 - JOCANIL
 - YANI
 - BELEN

* **INCA** 1450 DC - 1535 DC

* **COLONIAL** (HISPANO-INDIGENA) 1535 DC - 1543 DC...

tipos desarrollados para una región se importan a menudo a otra sin que se haya demostrado que sean aplicables, entonces las clasificaciones cerámicas pueden acarrear problemas. Este empleo incontrolado de tipologías puede conducir a que se asuma que los habitantes de Santa María o Calchaquí fueron influidos intensamente por grupos de más al sur, quienes habrían suministrado la fuente principal de variación de las opciones estilísticas. Sin embargo, “el origen del cambio cultural raramente se somete a comprobación y la dirección putativa de la influencia cultural” en la historia prehispánica puede quedar (falsamente) “determinada por el lugar en que los nombres de tipos fueron definidos por primera vez por los arqueólogos” (Chilton 1999:45).

Debido a tales circunstancias, para avanzar en el conocimiento de la cultura material local, tuve que emprender primero el registro y análisis de antiguas colecciones de Santa María y alrededores. Entonces paulatinamente se dieron a conocer objetos hasta el momento inadvertidos (Scattolin 2006a). Además, el estudio de una estratigrafía profunda en el sitio El Bañado en el fondo del valle de Santa María ofreció una secuencia local de atributos cerámicos que permitieron la delimitación de tres fases: Chimpa (100-450 EC), Bañado (450-650 EC) y Colalao (650-1000 EC) (Scattolin 2007a). También se han efectuado otras excavaciones y se ha recuperado nueva información. A través del examen de los materiales cerámicos extraídos y su comparación con otros ejemplos contemporáneos busqué conocer la variabilidad de recursos estilísticos presentes y así contribuir a esclarecer trayectorias de cambio en la cerámica durante el primer milenio EC. Varios de los sitios excavados en el área (Yutopián, Loma Alta y Morro de las Espinillas) no se prestaban fácilmente a categorizaciones claras dentro de los esquemas corrientes y en principio parecían renuentes a la inserción en la ordenación de la historia cultural, pero ellos permitieron dar cuenta de la variedad de recursos estilísticos y opciones de diseño disponibles durante ese lapso de la historia prehispánica.

En forma paralela, percibí la utilidad de deconstruir la historia de las investigaciones en la región (Scattolin 2006b). En la segunda parte del siglo pasado fueron creadas, como dije, las culturas llamadas “Candelaria”, “Ciénaga”, “San Francisco”, “Aguada”, “Taff”, “Saujil”, “Alamito”, etc., las cuales –tomadas como equivalentes de poblaciones prehispánicas– llenaron de contenido viviente el pasado indígena del primer milenio EC, principalmente sobre la base de sus estilos alfareros y patrones de asentamiento. De manera general, durante el siglo XX las culturas –por sus cerámicas– se constituyeron en la materialización indiscutible de identidades de la historia cultural prehispánica. Luego adquirieron una realidad autónoma de la indagación arqueológica a partir la divulgación es-

colar y de la pedagogía museográfica. Casi simultáneamente, también desde la arqueología, se objetaba la existencia de un nexo necesario y unívoco entre una cultura arqueológica y un grupo étnico. No obstante, el hecho de que algunas regiones del Noroeste argentino hayan sido dotadas con un estilo –equiparado *ipso facto* con la cultura de una sociedad– sigue imponiendo pantallas o filtros a la investigación ulterior y oscurece la investigación sobre el consumo de estilos en el pasado.

Hasta hoy día, prevalece la idea de que, hacia el 500 o 600 EC, los valles centrales del Noroeste argentino fueron afectados por la expansión de un estilo artístico distintivo, el estilo Aguada, el cual se habría difundido en múltiples direcciones desde su foco en Ambato, a la manera de un horizonte (Flores y Velázquez 2018:60; González 1998), manifestado en el centro y sur de Catamarca, La Rioja y el norte de San Juan, donde aparece esa cerámica en cantidades apreciables. Se ha propuesto que los íconos representados en su cerámica llegaron hasta la vertiente pacífica de los Andes (Troncoso y Jackson 2009). Su calidad técnica, así como su saliente iconografía –comparable con motivos de Tiwanaku, su contemporáneo y posible inductor de influencias– consagró a este estilo como uno de los identificadores cronológico-culturales ineludibles del Noroeste argentino. Como se lo caracteriza, parece haber constituido una singularidad cultural en el centro del Noroeste argentino (véase Figura 2 centro).

Según Alberto Rex González, representaría un pueblo muy desarrollado, abarcado por el “Período Medio” (González 1963), con una lengua propia, cercana al “protokakan”, que habría sido la “lengua de la cultura (o culturas) madre que dio origen a las principales culturas del N.O. argentino” (González 1998:163-166). González puso al Noroeste argentino en el mapa de la arqueología andina mediante la creación de la cultura Aguada. La publicación de obras de síntesis cultural por parte de renombrados arqueólogos del área andina (González 1977; Lumbreras 1981; Núñez Atencio 1999: Lám. 13) y la divulgación museológica (Pérez Gollán 1994) han colaborado a difundir esa idea. Al respecto González ha dicho que “Aguada es una cultura de origen andino. La más andina de las culturas del N.O.” (González 1964:238). Lumbreras refuerza esa noción afirmando que “en el N.O. argentino se desarrolló una formación regional que parece haber recibido importantes influencias tiwanakenses; se conoce con el nombre de Aguada” y “es el desarrollo más característico de la región” (Lumbreras 1981:244).

En el último decenio del siglo XX, nuevas investigaciones postularon un origen autóctono de dicho desarrollo buscando contrarrestar el sesgo difusionista de anteriores interpretaciones (Pérez Gollán 1991; Tartusi y Núñez Regueiro 1993). Debe recordarse que, para A. R. González, Aguada había sido influido

por Tiwanaku a través de “San Pedro de Atacama, [que fue el] nodo del que partieron las influencias principales que culminaron con la formación de Aguada” (González 1998:269). Pero, en los años noventa, desde un marco evolucionista cultural, se ubicó el foco pionero, único y progresivo de dicho proceso en el valle de Ambato, desde el cual se habría producido la expansión del estilo en múltiples direcciones (González 1998; Núñez Regueiro y Tartusi 2002; Pérez Gollán 2000). En vez del Período Medio se propuso un “Período de Integración Regional” (Figura 2 abajo) que señalaba un momento de unificación social e ideológica, una integración jerárquica regional, un “nuevo orden”. Sus jalones temporales abarcan de 500 ó 600 a 1100 años EC (González 1998:68; Gordillo 2004; Pérez Gollán 1994.). Desde allí, cerámicas, narcóticos, objetos metálicos y otros bienes habrían circulado en muchas direcciones. Este desarrollo cultural comprendería tres variantes territoriales que “pasaron a integrarse en una misma esfera supra-regional (...) cuya interrelación social, política, económica y cultural es un tema aún por dilucidar” (Laguens 2004:139).

En esa resignificación del concepto, los motivos iconográficos del personaje de los dos cetros, el guerrero o sacrificador, los jaguares acollarados y rampantes, etc., no indicarían la influencia centrífuga de Tiwanaku sino una ideología y una religión compartidas por toda la extensión desde el Titicaca a Catamarca. Tales representaciones habrían afianzado una escalada autónoma de complejización, tipificada como señoríos o jefaturas, con dirigentes beneficiarios de “tributo en trabajo” (Pérez Gollán 2000:242-252). Para completar tal cuadro, el hallazgo de túmulos –que el saber vulgarizado trató como “templos” y “pirámides”– y otras estructuras especiales no domésticas a las que se asocia la cerámica de estilo Aguada, en sitios definidos como “centros ceremoniales”, fue interpretado como indicador de que allí habría ocurrido un proceso de “institucionalización de las desigualdades hereditarias” (González 1998, Núñez Regueiro y Tartusi 2002; Pérez Gollán 2000). Los artefactos cerámicos manufacturados en estilo Aguada-Ambato serían el resultado de un trabajo especializado reflejado en una mayor estandarización (Laguens y Juez 2001). Según J. Pérez Gollán el proceso por el cual las desigualdades sociales se volvieron hereditarias ocurrió “a comienzos de la Era Cristiana” en Ambato y “poco tiempo después, otros señoríos surgieron en diferentes valles y bolsones del Noroeste argentino” (Pérez Gollán 2000:242-252). Para A. Laguens “en Ambato existieron sociedades que se ajustarían a la clasificación de Formativas, y un proceso de cambio que lleva a situaciones de mayor complejidad, desigualdad y heterogeneidad, caracterizadas bajo la denominación de Período de Integración Regional” (Laguens 2004:148); y agrega que hacia el siglo IV EC aparecen innovaciones y combinaciones de viejos ele-

mentos en nuevas configuraciones que se integran en una nueva organización, más compleja que la anterior, que interactuó “con poblaciones en otros ámbitos geográficos aledaños” y abarcó varias regiones (Laguens 2004: 139).

Aunque la medida de integración que se toma en cuenta para establecer vinculaciones en la escala macrorregional queda tácita, se supone que lo que da cohesión a esa esfera es la iconografía que manifestaría una ideología o religión en común, porque las “tres variantes territoriales” difieren en diversos rasgos arqueológicos, en particular, en los recursos arquitectónicos y modalidades de construcción del paisaje.

Existe no obstante una interpretación contraria a esta narrativa que ha sido expuesta por P. Cruz (2006) quien considera que “el modo de establecimiento de la cuenca de Los Puestos [Ambato] no reflejaría una centralidad política”; que hay “una sorprendente homogeneidad de la cultura material, en particular la cerámica”; que “las estructuras monticulares ... interpretadas como estructuras ceremoniales, plataformas, e incluso pirámides, sugieren otras funciones que parecen estar asociadas con una voluntad de conservar en un espacio confinado, y visualmente jerarquizado, la memoria del pasado reciente de los sitios, de las generaciones anteriores a su construcción”; que la economía agrícola de Ambato estuvo basada en una cierta reciprocidad y no sobre la dominación y tuvo un “mercado potencial de autarquía”; que “hubo una gran heterogeneidad de la cultura material y en la explotación de los recursos y una baja desigualdad en el acceso a los mismos” y que sería más adecuado “caracterizar las sociedades que poblaron la región Valliserrana como sociedades heterárquicas”. Además “esta relativa autarquía económica se pone en evidencia en la ausencia, casi total, de cerámicas y otros objetos de almacenamiento originarios de regiones vecinas, y a su inversa, por el número reducido de objetos ‘Ambato’ que fueron hallados fuera de su territorio”. En cuanto al patrón de asentamiento, “la carta arqueológica (...) muestra bien como la ocupación Aguada sigue un patrón de hábitat disperso” y que “tanto el modo de establecimiento como la morfología ortogonal de los sitios parecen alejarse de los clásicos modelos andinos de ocupación del espacio y estructuración del hábitat para la época ... y ... guardarían una estrecha relación con la arqueología de la región chaqueña” (Cruz 2006: 141-145).

Ciertas regiones, como la Puna de Salta, el valle de Lerma, la Quebrada del Toro, la zona de La Candelaria o los Valles Calchaquíes no usaron la iconografía “felínica” o presentan artefactos de estilo Aguada en cantidades muy exiguas, en algunas incluso hay menos que en San Pedro de Atacama, donde objetos importados de ese estilo se hallan en cierto número (Llagostera 1995). Una consecuencia adversa de esta situación es que dichas regiones tienden a considerarse des-

provistas de dinámica de cambio, de capacidad de transformación y/o dotadas de una complejidad secundaria, derivada desde el foco ubicado en Ambato. Las poblaciones que habitaron las regiones vecinas de Tafi, La Candelaria, Yocavil, Cajón, Aconquija, Calchaquí, etc., durante los siglos VI a X se consideran independientes, segmentadas. Por decirlo adrede de manera errada: “siguieron siendo formativas”, en el sentido de que no habrían alcanzado los niveles de desarrollo logrados bajo la esfera Aguada; en cambio, las de Hualfín, Ambato y valle de Catamarca son calificadas como una cultura singular –aunque tripartita–, una integración jerárquica, es decir, una organización más compleja.

A pesar del hallazgo de varios keros antropomorfos de oro en un sitio de la Puna de Jujuy y en otros de la Quebrada de Humahuaca (Tarragó 2018), atribuibles estilísticamente a Tiwanaku, varias extensas regiones –como el resto de la Puna de la Argentina, la mayor parte de la Quebrada de Humahuaca, el valle de Lerma o el valle de San Francisco– tampoco brindan evidencias patentes de haber sido afectadas por el Horizonte Medio-Tiwanaku, carecen de objetos importados del Titicaca, de artefactos asignables al estilo Aguada y/o de alfarerías tan fácilmente reconocibles como este estilo figurativo y profuso, de manera que este lapso es más difícil de detectar. Sin embargo, es probable que la indistinción del Horizonte Medio-Tiwanaku fuera de Ambato-Hualfín se deba, simplemente, a la escasa precisión que tienen las cronologías y la baja sofisticación de las secuencias cerámicas locales hasta la actualidad. Pero, este hecho alienta, de manera implícita, la idea de que, en esos lugares, durante la segunda parte del primer milenio EC, no ocurrió un proceso de complejización.

Dado que esa construcción teórica todavía carga con la antigua delimitación de culturas como entidades reales del pasado construida en el siglo pasado, he usado la expresión “segunda parte del primer milenio d. C.”, en vez de Período de Integración Regional, para evitar predicar de las poblaciones que estudiaba conceptos y nominaciones que no están apropiadamente validados y que además acarrear valoraciones sociales: integración, fragmentación, igualitario, jerárquico, complejo, evolucionado, simple, etc. (Scattolin 2006b).

Con todo, otros modelos menos difundidos sugieren, para la época del Horizonte Medio, la existencia no de una, sino de un mínimo de tres diferentes esferas de interacción que parecen haber tenido conexiones independientes con San Pedro de Atacama y que se manifestaron con repertorios estilísticos distintos: Isla, La Candelaria y La Aguada (Tarragó 1989: 479). Este modelo alternativo (Figura 3), propuesto por Tarragó, ha sido prácticamente soslayado por investigadores del sur andino.

A continuación describiré la trayectoria de cambios en los materiales cerámi-

cos, los asentamientos y la arquitectura el sur de los Valles Calchaquíes desde las primeras sociedades aldeanas hasta las formaciones posteriores.

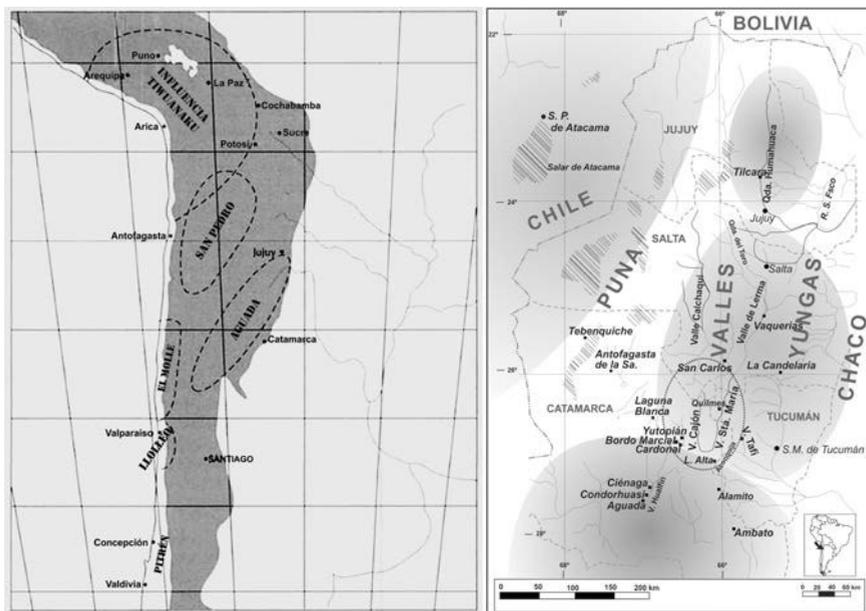


Figura 3. El sur andino en el Horizonte Medio: dos modelos de esferas de interacción para la segunda mitad del primer milenio EC. Izquierda: el modelo corriente (según Núñez Atencio, 1999: Lám. 3). Derecha: el modelo de Tarragó para el Noroeste argentino (1989).

La radicación aldeana

Las primeras instalaciones de poblaciones sedentarias con arquitectura permanente del valle de Santa María y alrededores tienen descripciones breves, fueron escasamente registradas en excavaciones antiguas y pocas cuentan con fechados. Se trata de conjuntos de viviendas de disposición desagregada. Los recintos tienen módulos de planta circular o rectangular.

El más antiguo sitio habitacional fechado en el valle es Soria 2 (1940±80 a.p.). Abarca una serie de recintos de planta ortogonal en cuyo interior se hallaron evidencias de actividad doméstica con cerámica negra pulida e incisa, fragmentos del estilo Vaquerías, artefactos de hueso, puntas de obsidiana, manos de moler, pipas de fumar de cerámica gris-negra pulida y varios enterramientos de

neonatos, al parecer inhumados con posterioridad al uso de la habitación (Palmarczuk et al. 2007).

Otro sitio, Tesoro II, fechado en 1795 ± 70 a.p., se ubica a 3200 msnm en relación con el portezuelo que conecta la vertiente este y oeste de la Sierra del Aconquija (5500 msnm). Ocupa 0,8 hectáreas y allí se concentran unas 65 estructuras de planta circular o subcircular. Al menos unas 50 estructuras son habitacionales y unas 15 no son residenciales (densidad: 62,5 habitaciones/hectárea). Los cuatro o cinco núcleos habitacionales reconocibles como tales no se adosan entre sí, están separados por varios metros y hay numerosos recintos singulares. Es probable que el motivo de su disposición arquitectónica más densa que en otros sitios contemporáneos —pero disgregada— se deba a un mayor énfasis pastoril en las funciones de este asentamiento. Se ha hallado cerámica del estilo Rojo sobre Ante, fragmentos del estilo Condorhuasi Polícromo y tiestos del estilo Negro Pulido (Lazzari 2006). Tesoro II está completamente separado de las áreas aptas para el cultivo, que se encuentran a solo 500 m, en el sitio Tesoro I. Hay una clara separación entre un área agrícola y otra de residencia. Se ubica muy cerca de zonas de pasturas, es decir, una localización apropiada para acceder a sendas y puestos de pastoreo. El lugar permite monitorear, desde el lugar de residencia, las actividades de producción —pastoreo y agricultura— como de circulación—sendas, tránsito y caravaneo.

El sitio de Ingenio del Arenal-Falda del Cerro, fechado en 1795 ± 36 a.p., sin calibrar, (Lazzari y Pereyra Domingorena 2008), está compuesto por varias decenas de viviendas circulares, con largos pasillos de entrada, que se agrupan por pares o en mayor número. Otras estructuras de mayor diámetro sugieren la existencia de corrales. Contiene cerámica del estilo Condorhuasi Polícromo y tiestos negros pulidos e incisos, numerosos artefactos líticos de obsidiana, basalto, esquisto, andesita y dacita, así como indicios de producción de bienes metálicos, como trozos de mineral verde, material refractario, fragmentos de escoria, entre otros.

Otros tres sitios en el valle del Cajón, Cardonal (Figura 4), Bordo Marcial y Yutopían, conforman pequeñas aldeas con unidades domésticas compuestas por varias habitaciones y con estructuras anexas entremezcladas (Scattolin et al. 2015). Las dos primeras están, fechadas entre 1958 ± 37 y 1781 ± 35 años a.p. (AA87285 y AA82259, sin calibrar), son, por lo tanto, isocrónicas con Pukara y Tiwanaku Temprano. Se emplazan justo al pie de un paso natural que conecta la Puna con la región Valliserrana. Las excavaciones proporcionaron cerámica de los estilos Vaquerías, Tafi, Candelaria y Río Diablo Inciso —similar a la cerámica del estilo San Francisco Inciso de las yungas—, tiestos del estilo Negro Pulido,

común en la región puneña, y obsidiana, también de la Puna. Yutopián es un sitio multicomponente que, en su sector correspondiente al lapso entre 200 AEC y 600 EC, contiene evidencias de metalurgia de cobre y uso de cerámica de los estilos Tafi, Candelaria, Condorhuasi Policromo, Río Diablo Inciso y Gris-Negro Pulido y Gris inciso (Scattolin y Gero 1999).

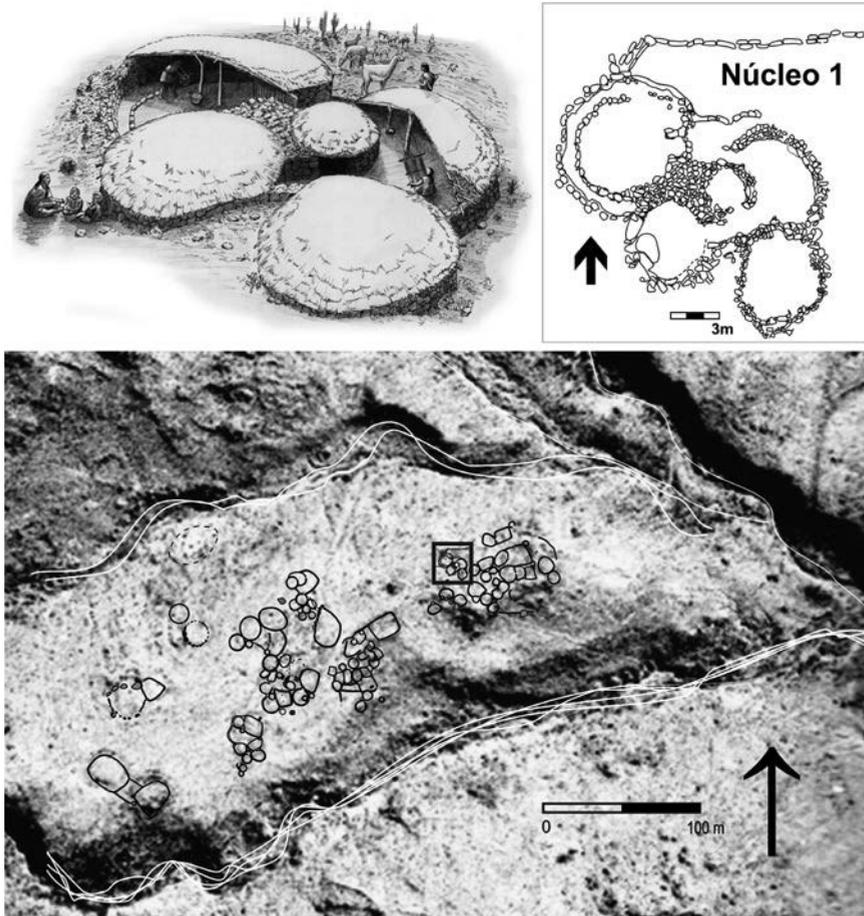


Figura 4. Cardonal. Arriba: Reconstrucción hipotética (dibujo de Sean Godard) y plano del Núcleo 1. Abajo: Plano del asentamiento sobre imagen satelital (Google Earth).

Otro sitio de la misma cuenca del valle de Santa María, pero ubicado en su extremo oriental, es el de Puesto Viejo en la Quebrada de Los Corrales (Figura 5). “Los recintos habitacionales (N= 52) se presentan como estructuras domésticas/residenciales de piedra subcirculares compuestas –Patrón Tafi–” (Olizewski 2011: 159) que conforman una aldea. Los núcleos residenciales se encuentran

desagregados pero próximos entre sí y apartados de terrenos de labranza. Contienen material lítico que incluye puntas de proyectil, núcleos y lascas en andesita y cuarzo. El material cerámico comprende “fragmentos de diversas facturas, algunos diagnósticos asignables a los estilos cerámicos Tafi, Candelaria, Condorhuasi, Ciénaga y Vaquerías” (Oliszewski 2011: 159). La ocupación más intensa se dio “a lo largo de aproximadamente 150 años entre *ca.* 1700 y 1550 años a.p. con probabilidades de haber continuado hasta *ca.* 1400 años a.p.” (Oliszewski 2011: 162).

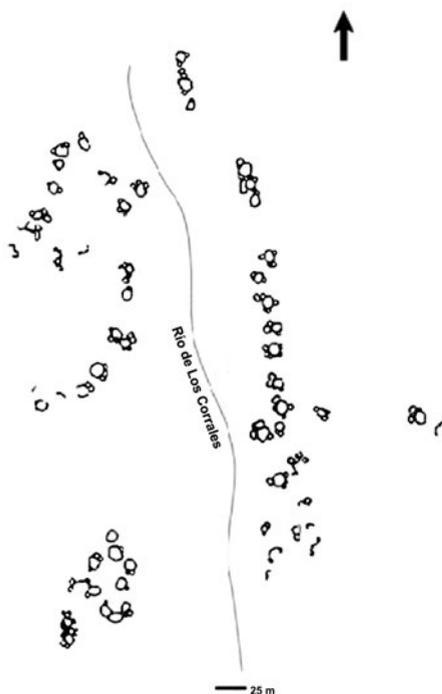


Figura 5. Plano del asentamiento en la Quebrada de Los Corrales (tomado de Oliszewski 2011).

En general, en los sitios habitacionales, la cerámica polícroma de los estilos Condorhuasi y Vaquerías acompaña, en número reducido, la alfarería utilitaria, muy abundante, de paredes espesas e inclusiones gruesas de roca molida y mica. Una gran cantidad son vasijas-efigie y debieron tener funciones votivas (yuros chayadores). Es probable que ambos estilos fueran empleados en contextos de uso especiales, no cotidianos o discontinuos. Aunque sean fácilmente transportables, su tamaño pequeño y sus siluetas especiales les restan aptitud para desempeñar una amplia gama de funciones prácticas. En cambio, los tazones, jarros, escudillas y cuencos (pucos) para comer y beber son, por lo general, grises, negros o rojos, decorados con incisiones o lisos y pulidos, y mayormente destinados

a raciones individuales o pequeñas. Ni la alfarería policroma ni la lisa parecen aptas para el servicio de la comida o la bebida en contextos de hospitalidad social amplia o concurrencia numerosa. Las urnas funerarias, muy usadas en el este del área de estudio, tenían grandes dimensiones.

A medida que las estancias de los valles se expanden por fisión en un patrón de residencias dispersas, más arriba, fuera del área de estudio, en la Puna y las quebradas altas, con una mayor dedicación al pastoreo, las evidencias de sitios residenciales apuntan a la ocupación recurrente de ciertos espacios, por lo que el aspecto actual de los sitios es de montículos sobrepuestos o separados, formados por agregación y/o superposición de ocupaciones. Sus viviendas eran normalmente de planta circular y de paredes de barro batido, en ocasiones con zócalos de piedras y entremezclados con restos de basura y paredes desmoronadas (Cigliano et al. 1976; Olivera 1991; Raffino 1977; Tarragó 1980, 1996). A sus muertos se les enterraba por debajo de los pisos o en lugares cercanos a las viviendas, en urnas o directamente en la tierra.

Algo más al este, durante los primeros siglos de la era cristiana debió estar en uso el montículo de El Mollar, rodeado de monolitos grabados (Figura 6), ya que tiene fechados de 1955 ± 55 , 1950 ± 60 , 1930 ± 60 y 1920 ± 65 a.p., tres o cuatro siglos más tarde que su fecha más antigua (González y Lagiglia 1973: 294). Sus excavadores lo definieron como un montículo ceremonial. Contiene enormes cantidades de cerámica ordinaria, así como muy poca cantidad de cerámica incisa y del estilo Vaquerías. En su interior se hallaron enterramientos (González y Núñez Regueiro 1962), algunos de los cuales pueden haber sido posteriores a las fechas mencionadas.

La escultura lítica debió haber sido valorada durante esta fase de radicación aldeana. Prueba de ello lo constituyen los postes fálicos, felínicos y antropomorfos de Tafi, ubicados al frente de los sitios residenciales, en el centro de grandes recintos, en los montículos o en puntos de acceso a sectores productivos pastoriles. Se cree que los monolitos fueron la expresión material de los ancestros tutelares o *huanacas* (Duviols 1979; Lazzari et al. 2015). De la misma fase también se conocen figuras esculpidas. El monolito labrado en bajorrelieve conocido como la “Mujer-Saurio” o “Mujer-Felino” habría estado erguido en posición prominente entre dos plataformas de un sitio de El Alamito, al sur de los Valles Calchaquies (Figura 7). Hay más de 50 sitios en la zona de Alamito, todos con la misma distribución. Tienen dataciones de 1950 ± 50 , 1910 ± 60 , 1660 ± 100 , 1656 ± 38 , 1630 ± 60 , 1600 ± 70 y 1560 ± 100 años a.P. (Angiorama 1996-1998: 103; Núñez Regueiro 1998: 191). De esta misma zona provienen las esculturas conocidas como “suplicantes”, fuentes y morteros esculpidos.

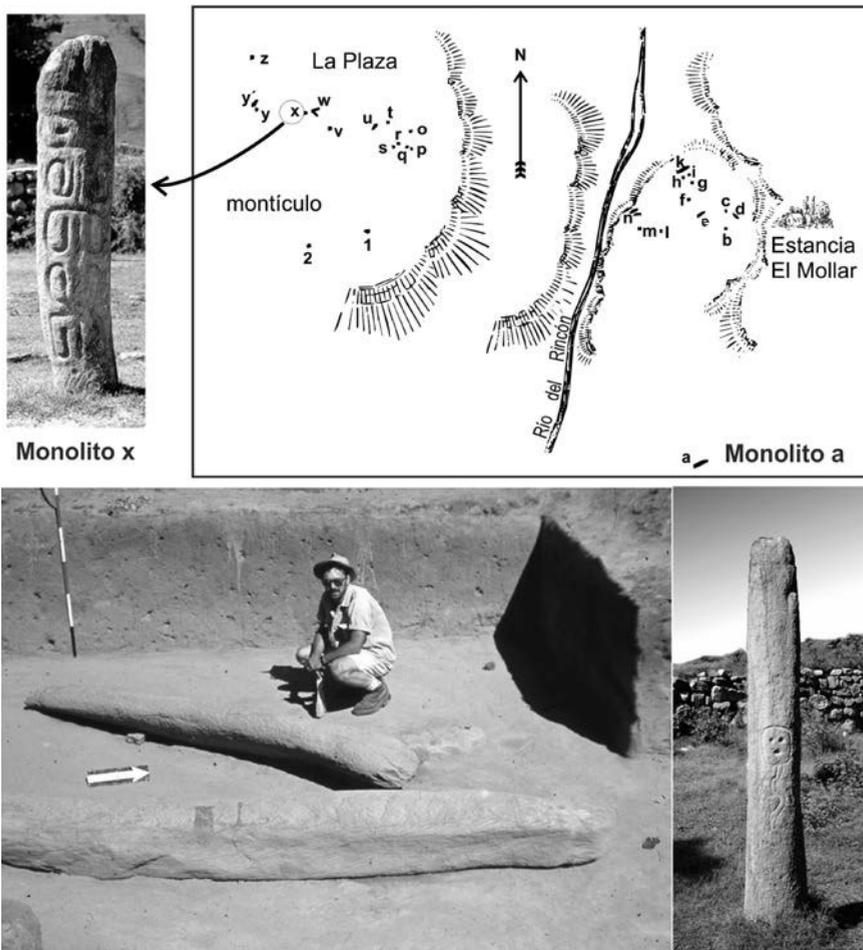


Figura 6. Monolitos. Arriba: ubicación en El Mollar, valle de Tañi (tomado de Bruch 1911: Lám. III). Abajo, izquierda: excavaciones de A. Rex González en un recinto circular del lugar denominado La Plaza (tomado de DILA 2018). Abajo, derecha y arriba izquierda: monolitos de El Mollar (fotos de equipo PasCal).

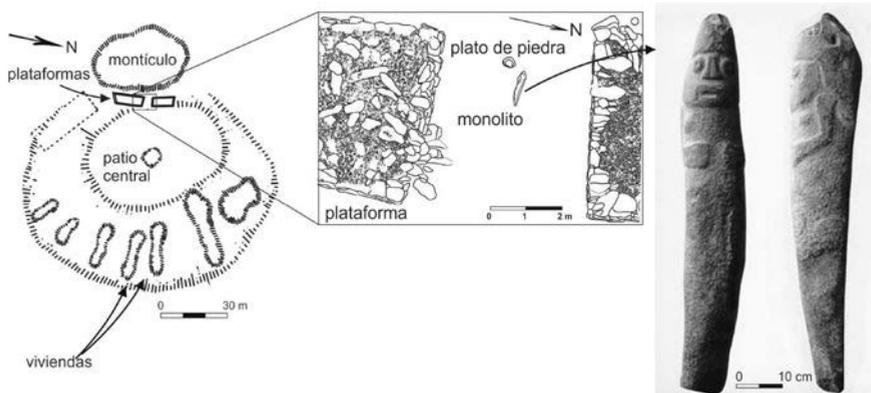


Figura 7. Monolito de la “mujer saurio” del sitio Bo de Alamito, Catamarca; se infiere que estuvo hincado entre las dos plataformas revestidas de piedra, y a su pie fue colocado un plato de piedra votivo (tomado de Núñez Regueiro 1998 y modificado de Scattolin 2006c: 382, Fig. 30).

Además de su función protectora o tutelar, los monolitos permitieron canalizar estrategias de inversión simbólica, objetivadas en la materia y muy convenientes para aumentar el capital de reconocimiento de una cierta categoría social en relación con un orden sexual, genealógico, generacional y/o espacial. Los postes esculpidos se manifiestan, con fuerte impacto visual, en el espacio comunal colectivo de la unidad doméstica, familia, linaje, clan o grupo de parentesco, y contribuyen, de este modo, a instituir los principios que fundan diferencias de estatus entre diferentes segmentos sociales, es decir, las jerarquías de los segmentos de linajes. Sus posiciones en un espacio cargado de significaciones —y categorizados según dimensiones tales como masculino/femenino, humano/animal, alto/bajo, oeste/este, arriba/abajo, recto/curvo, superior/intermedio/inferior, derecha/izquierda, celeste/terrestre, *urco/uma*, *banan/hurin* o cualesquiera otras— implican la existencia de “un mundo de objetos” que llenan de significado la acción de cualquier persona, desde su más temprana enculturación, mediante la inculcación silenciosa de los mismos principios que regían ese mundo.

Es posible que las distinciones genealógicas, sexuales y generacionales —expresadas en monolitos geométricos y figurativos, personajes femeninos, masculinos, animales, entre otros— fueran aprovechadas como los vectores principales para proyectar la estructura de relaciones sociales, económicas y simbólicas sobre las prácticas mundanas o extraordinarias de intercambio de bienes y alianzas matrimoniales, de un modo en el que el espacio, el parentesco generacional, la invocación de antigüedad de linaje mediante la erección de estelas y el sexo re-

presentado en ellas se imbricaban uno en otro en la construcción jerarquizada de esos segmentos sociales (Lazzari et al. 2015).

En resumen, las unidades domésticas muestran un amplio rango de variación: simples, aisladas, congregadas, dispersas, de planta ortogonal, circular y/o trapezoidal. Estas distintas configuraciones de las plantas de los asentamientos parecen reflejar la naturaleza multicultural e imbricada de la primera colonización aldeana, más en acuerdo con la existencia de poblaciones atravesadas por diversas redes sociales multidireccionales (Lazzari et al. 2017) en vez de una corriente unidireccional. Las moradas se localizaban cerca de sus terrenos productivos, corrales y fuentes de agua. Sus áreas funerarias pueden aparecer por debajo de los pisos de las viviendas, en la base de los montículos, en los patios, en urnas o en la misma tierra, y aún en cementerios cercanos o apartados de las residencias (Cortés 2005). La gran variedad de formas de entierro –tomado como marcador convencional de identidades y de prácticas culturales distintivas refuerza la posibilidad de etnicidad entremezclada de los grupos. Además, las formas de diferenciación social eran sostenidas por ordenaciones espacio-temporales con valencias desiguales basadas en criterios de parentesco, antigüedad generacional, legitimidad genealógica y diferenciaciones sexuales.

La domesticación agraria del paisaje

Al pasar a la siguiente fase, Bañado (450-600 EC), los sitios agrícolas se hacen visibles en las laderas aluviales y fondos de los valles, y empiezan a conformar extensas áreas de paisaje modificado. Las fechas terminales de la fase refieren la aparición y desaparición de ciertos atributos cerámicos y no la real duración de la prolongada faena de labrado del paisaje agrario a que se hace referencia, por lo que se advierte que esta obra de reproducción del espacio tuvo, en realidad, un comienzo algo más temprano que lo que indican esas fechas de referencia y una finalización muy posterior. De esta manera, hay que resaltar la larga duración que habría tenido ese persistente cultivo del espacio, cuyo producto material dependió de la continua reproducción de las relaciones sociales aldeanas (Quesada 2005).

Enormes superficies fueron virtualmente “domesticadas” (Haber 1999: 183) por la mano humana mediante la erección de muros de contención, paredes perimetrales de lotes de tierra, limpieza y despedregado de superficies escabrosas, nivelación de faldeos, construcción de redes de riego y laboreo continuo de los terrenos. Prueba de ello son los numerosos conos aluviales cubiertos con los res-

tos de tales trabajos en las laderas de los valles y bolsones semiáridos. Entre los canchones se disponen las viviendas, distantes varias decenas de metros unas de otras, conformando caseríos dispersos en el patrón típico de estancias o fincas.

En Caspinchango-El Ciénago, un extenso sitio con estructuras agrarias y residenciales, se excavaron varias unidades domésticas. Cigliano excavó un núcleo de habitación –la Unidad 1– ubicado entre sus bancales de cultivo, está compuesto por cuatro cuartos semisubterráneos. La construcción de las paredes es robusta y con una leve inclinación hacia el interior (1960). Unidades similares han sido excavadas por Lanzelotti (2012). El Ciénago se destaca como un extenso sitio agrícola (Figura 8): despedregados, canchones y muros contenedores parecen demostrar un uso multitemporal del conoide superior para las labores del campo (Cigliano 1960; Lanzelotti y Spano 2014). Muy cerca de Amaicha, varios sitios tienen un patrón semejante: Ampimpa, El Remate (UGA8359: 900±40 a.p.; UGA8360: 1180±40 a.p.; UGA 8361: 1130±40 a.p.; Aschero y Ribotta 2007), Bajo Los Cardones (0 al 300 EC; Pastor y Rivero 2004:197) y El Divisadero (AA88060: 1239±47; AA94587: 1275±23; Gómez Augier y Caria 2012). Sobre la misma vertiente del valle de Santa María, el sitio Terraza de Andalhuala Banda parece corresponder al este mismo patrón (Álvarez Larraín y Lanzelotti 2013).

Más al sur, los sitios de la falda occidental del Aconquija, como Tesoro I (AA60337: 1251±31 a.p.), Loma Alta, Buey Muerto, Loma Redonda, Ingenio del Arenal-Centro (Scattolin 1990), se ocupaban de manera similar en esta fase. Las dataciones de Loma Alta, desde 1600±120 a.p. hasta 700±50 a.p., sin calibrar, demuestran que este modelo de ocupación se prolonga bastante tiempo y que persistió en las siguientes fases, es decir, que la zona tuvo este patrón hasta mucho después, cuando ya las poblaciones en varios valles habían empezado a concentrarse en grandes poblados conglomerados del Período de Desarrollos Regionales, y es recién entonces que se le puede aplicar el término “rural” por oposición a la nueva modalidad semiurbana. Algo similar ocurrió en el sitio ya mencionado de Caspinchango-El Ciénago, donde un núcleo residencial de recintos circulares dio una edad de 1394±39 años a.p. (AA93103) y otro de recintos cuadrangulares se fechó en 642±42 años a.p. (AA93104) (Lanzelotti y Spano 2014). La alta dispersión de las viviendas en este patrón de instalación es posible que se deba a la naturaleza peculiar del sistema agrícola que imponía mantener las unidades domésticas cerca de los campos de cultivo, en vez de cerca de sus vecinos, como forma de extender los terrenos de labranza y de sostener e incluso incrementar la producción (ver Drennan 1988: 285; Scattolin 2007b: 142)

Aunque los rastros materiales sean menos evidentes, por carecer de paredes de piedra bien preservadas, la llanura aluvial casi plana en el fondo del valle de

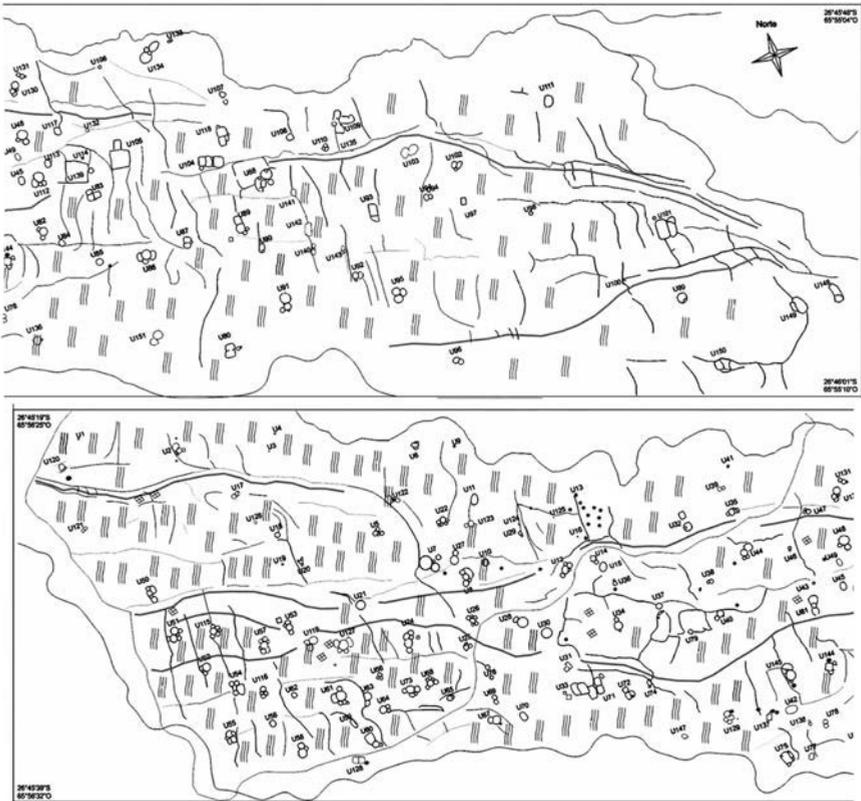


Figura 8. Caspinchango-El Ciénago (modificado de Lanzelotti 2012).

Santa María también debió ser objeto de un continuo labrado. De allí se conoce un asentamiento residencial en El Bañado con arquitectura de piedra y barro, y habitaciones de planta rectangular que corresponden, según sus excavadores, a un sitio “típicamente La Candelaria” en referencia a la cerámica asociada (Pelissero y Difrieri 1981: 63). Por debajo de sus pisos se encontraron enterramientos en grandes urnas ovoides que contenían restos humanos y vasijas. Estos materiales cerámicos, de estilo Candelaria, se han vinculado tradicionalmente con las yungas, pero se encuentran dispersos también el valle del Cajón, en el valle de Tafi, Laguna Blanca y la Puna de Salta y Catamarca. Durante la fase Bañado se usó allí cerámica gris lisa, gris incisa y roja pulida de buena factura y variada morfología, pero uno de los recipientes más habituales en las tumbas son las jarras de simetría dorsoventral y cuello-vertedero u oblicuo (Scattolin 2006a).

Un enterramiento excavado en La Vaquería, unos kilómetros al norte del

poblado de El Bañado, consiste en una gran urna de pasta gruesa, con tapa, que contenía dos esqueletos de infantes junto con una pequeña jarra gris pulida con cuello de perfil oblicuo, asa acintada y decoración antropomorfa en el cuello ejecutada mediante aplicaciones al pastillaje e incisiones punteadas, que comparte atributos decorativos y formales con piezas del estilo Candelaria (Tarragó y Scattolin 1999). Una muestra ósea de uno de los esqueletos fue datada en el siglo VII EC (Ua20627, 1375 ± 40 a.p.). Otro conjunto de doce vasijas –demostrativo de los formatos habituales de esta época– se halló en la tumba de una mujer de edad madura ataviada con anillos de cobre y cuentas líticas, en Lampacito, en las afueras de la ciudad de Santa María. La datación de una muestra ósea del esqueleto ubica el enterramiento entre fines del siglo VI y la primera mitad del siglo VII después de Cristo (AA59414, 1446 ± 36 a.p.) (Figura 9).



Figura 9. Cerámica que acompaña la tumba de una mujer madura en Lampacito (fotos de equipo PasCal).

Otro conjunto funerario excavado en Banda de Arriba, Cafayate, fue fechado hacia los siglos IX y X EC (LP2043, 1110±90 a.p.) (Ledezma 2015; Ledezma y Sabelza 2009). El ajuar acompañante demuestra que, en esta época –coincidente con el Tiwanaku expansivo– prosigue el uso de vasijas de simetría dorsoventral, pero se agregan formas complejas, ollas con modelados zoomorfos y las mismas jarras dorsoventrales agregan puntos de inflexión o angulares en su perfil. Se aplican terminaciones pulidas muy trabajadas, con efecto visual por el pulido en líneas. A este conjunto se suman una jarra “Lerma tricolor” con lunares, una pipa de cerámica y otros hallazgos (Figura 10).

En los valles de Tafí, Anfama y La Ciénega –vecinos a nuestra área de estudio– se han excavado varios núcleos residenciales de esta fase. Presentan robustas paredes de piedra y sus unidades domésticas comprenden recintos de habitación de planta circular comunicados con su gran patio central circular, donde se efectuaban diversas actividades domésticas y donde algunas líneas de piedra separan diversos sectores que abarcan, incluso, un área de tumbas cilíndricas y de paredes de piedra por debajo del piso (Berberían 1989: 90; Oliszewski 2011; Salazar 2010; Salazar y Molar 2017). También se usaban postes líticos como emblemas al frente de las viviendas y las tumbas cavadas debajo del piso de los patios habrían permitido retener la memoria de los antepasados y reafirmar el arraigo, identidad y continuidad de cada segmento de parentesco (Berberían 1989; Haber 1999; Krapovickas 1968; Salazar 2010).

Aún en la Puna se hallan sitios con patrón similar, como en las localidades muy conocidas de Laguna Blanca y Tebenquiche (Delfino 1999; Haber 1999). Pero en lugares donde el suelo carece de cubierta pedregosa y el ambiente es algo más húmedo, las áreas de cultivo pueden prescindir de muros de piedra, aunque se mantiene, de todos modos, el patrón de estancias o caseríos dispersos (por ejemplo, en ciertos sectores del valle de Ambato y en la zona de La Candelaria) (Figueroa 2009; Heredia 1974; Krapovickas 1968; Laguens 2006: 212).

La reproducción prolongada de las relaciones sociales en el espacio agrario tuvo que involucrar acciones y relaciones de dominio, potestad sobre terrenos, delimitación de parcelas, división del múltiplo –sobre todo en momentos de sucesión y de herencia–, de congregación de personal para ejecutar obras y división de labores –ocasiones favorables para afianzar alianzas–, asignación de turnos de control y distribución de agua y riego, inauguración de ciclos, apertura de labores, organización de los tiempos –oportunidades especiales para la celebración y la conmemoración–, así como designación y delegación de funciones. Todas estas prácticas generan derechos y deberes, activan las posiciones sociales mutuamente relativas y, con ello, la movilización de toda clase de significaciones



Figura 10. a-d, f-i, k: vasijas del área funeraria del sitio Banda de Arriba de Cafayate (fotos de la autora, excepto k: foto de Ledesma y Subelza 2009); e: jarra antropomorfa de simetría dorsoventral de tumba de El Bañado (foto de la autora); j: fragmento de Tolombón (foto de la autora); l: fragmentos de Caspinchango-El Ciénago (tomado de Lanzelotti 2012).

sociales y simbólicas. La textura acumulativa de los rastros materiales vigentes, monótonos y repetitivos, sugiere, precisamente, que fueron un engranaje primordial de la estructuración social que se engendraba en el seno de las sociedades aldeanas.

Sin embargo, el carácter repetitivo y redundante de la instalación –de apariencia inmutable– que generaron estas prácticas agrarias no debe hacer olvidar que su sistema, aparentemente indiferenciado y autosuficiente, no era cerrado; por el contrario, el microcosmos campesino se insertaba en un universo articulado e interdependiente, un espacio global en el que circularon bienes, materias primas y artefactos, como obsidiana (Lazzari 2006; Yacobaccio et al. 2004), sal, cueros, hilo y tejidos finos de vicuña originarios de la Puna (Haber 1999), cebil (*Anadenanthera* sp.), recipientes de caracolas para contenerlo y vasijas de cerámica procedentes de las yungas (Pérez Gollán y Gordillo 1994), pero también, y sobre todo, personas que se trasladaban desde puntos distantes, desde el Chaco a la Puna y viceversa, lo que motivaba el encuentro, la confluencia espacio-temporal y la concurrencia de individuos procedentes de ámbitos y trayectorias sociales e históricas independientes, con hábitos y costumbres diferenciados, lo que introdujo desfases, la oportunidad para la coyuntura, el acontecimiento y, en suma, la historicidad.

La ordenación aldeana

Con el final de la fase Colalao (650-1000 EC) se presenta en nuestra área de estudio uno de los primeros ejemplos de los asentamientos compactos, encumbrados y con viviendas adosadas de planta ortogonal, que más tarde se harán comunes durante el lapso comprendido entre 1000 y 1500 EC. Se trata del sitio Morro de las Espinillas, fechado en los siglos IX y X (Scattolin 2003) (Figura 11). Reúne una rara conjunción de una arquitectura similar a la de los poblados del Período de Desarrollos Regionales con una cerámica tipológicamente atribuible a lo que, en ese entonces, se consideraba el Período Medio o Temprano (Cigliano 1960) y hoy se consideraría coetáneo al Período de Integración Regional.

Morro de las Espinillas comprende construcciones sobre una terraza alargada, elevada unos 15 metros de alto, ubicada a la vera del río Pajanguillo. Ocupa 0,6 hectáreas, aunque su actual extensión es menor a la original debido a desmoronamientos ocurridos en su borde oriental que han destruido parte del sitio. En esta media hectárea remanente hay unas 30 estructuras de planta ortogonal (densidad: 50 habitaciones/hectárea), colindantes y agrupadas por conjuntos,

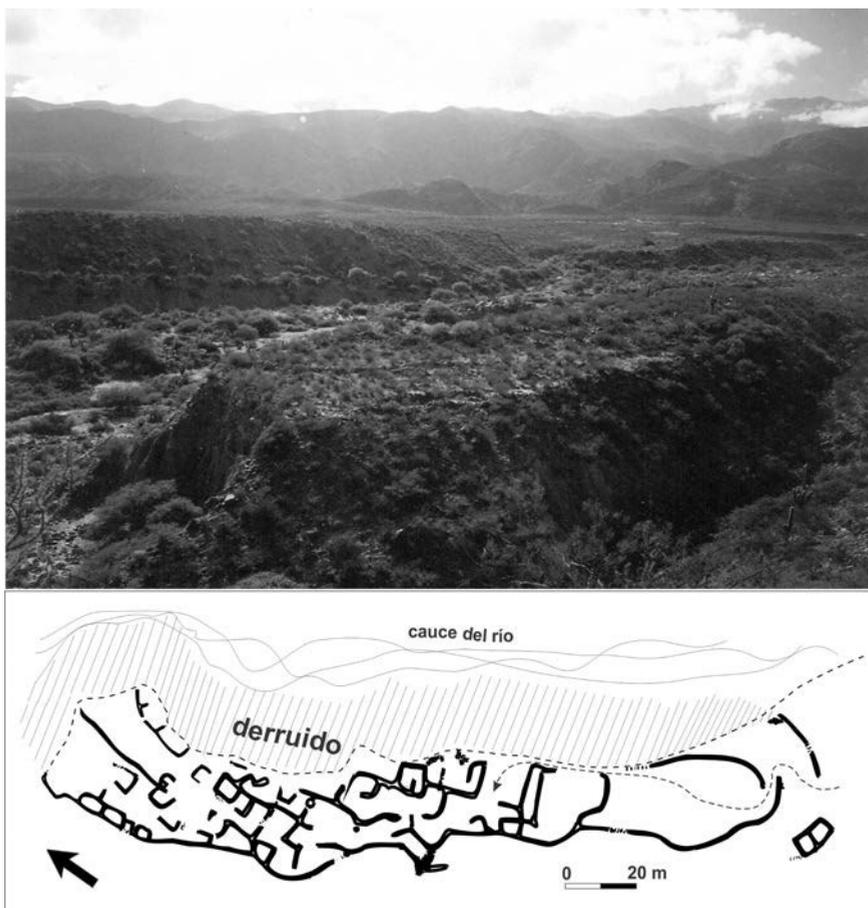


Figura 11. Morro de las Espinillas. Pequeño poblado compacto y circunvalado. Fines del primer milenio EC (foto y dibujo de la autora).

de los que algunos están intercomunicados. El asentamiento es circunscripto: se halla cercado por una valla perimetral de piedra y tiene un acceso restringido. Hay un único lugar por donde entrar al área habitacional que está rodeada por el muro. La entrada se ubica en el sur y discurre a través de un trayecto sinuoso que sortea varios muros, mientras que el acceso al área de mayor concentración de recintos se alcanza luego de traspasar dos espacios abiertos. El conjunto de los artefactos hallados, tanto en superficie como en capas, se compone de desechos domésticos. Se trata de una aldea pequeña, pero concentrada, en una localización encumbrada, constituida por unidades domésticas y otras estructuras —algunas de mayores dimensiones, como espacios abiertos y vías de circulación—, cuyos

sectores de producción agraria podrían ser los canchones de cultivo y corrales que se encuentran a unos cientos de metros al este, en Pajanguillo Medio y Alto (Cigliano 1960; Scattolin 2003).

El asentamiento constituye un espacio residencial separado de la producción, lo que sugiere una inversión de trabajo en arquitectura comunitaria, para la que se seleccionó una localización prominente. Representa un lugar de habitación articulado espacialmente por relaciones de interacción social concentrada y de visibilidad próxima. Al parecer, la restricción y la separación permitieron ejercer control de los propios recursos humanos al interior del espacio construido y hacia el exterior. Se puede decir, entonces, que las primeras aldeas elevadas y con habitaciones cuadrangulares colindantes ya se habían establecido en Santa María hacia 900 EC y algunas de ellas no contienen cerámica santamariana, ni tampoco la típica cerámica de estilo La Aguada, con su iconografía de motivos felínicos. No obstante, al mismo tiempo, la cerámica figurativa de estilo La Aguada se imponía extensamente en Hualfín, Andalgalá y Ambato, 70-80 km más al sur.

La alfarería propia de Morro de las Espinillas (Figura 12a y b) comprende un conjunto funcionalmente bastante completo que incluye enseres de cocción, elaboración, almacenamiento, transferencia y vajilla de servicio. La proporción entre tiestos de pastas ordinarias (ollas o *huirquis*) y finas (tinajas, cántaros, escudillas y platos) es pareja (50%/50%) (y resulta diferente de la que aparece en algunos asentamientos vecinos dispersos, contemporáneos o más antiguos, donde la proporción de alfarería ordinaria es bastante mayor). La vajilla de servicio presenta decoración geométrica, ya sea pintada o incisa. No hay ningún hallazgo con decoración figurativa. La manufactura alfarera tiende a despojar sus productos de su contenido figurativo y directamente referencial, y a dotarse de atributos sin alusiones directas a personajes, efigies o animales en la decoración, algo que la diferencia de la cerámica contemporánea de estilo La Aguada (Scattolin 2003).

El conjunto cerámico de Morro de las Espinillas se presenta estilísticamente variable, no se presta a categorizaciones cómodas dentro de clasificaciones previas, reúne rasgos estilísticos que se habían adjudicado a diferentes áreas culturales (Valliserrana, Selvas Occidentales o el Chaco) y no porta motivos de felinos, cabezas-trofeo o imágenes del Sacrificador. Esta circunstancia no avala efectos integradores originarios de Ambato-Hualfín causados por el “fenómeno Aguada” y da mayor fundamento a la hipótesis de trayectorias divergentes en la cultura material en el valle de Santa María y alrededores, algo más acorde con un modelo de multiesferas de interacción durante la última parte del Período Formativo (Tarragó 1989), al contrario de lo que establecería un uso rígido y unidireccional

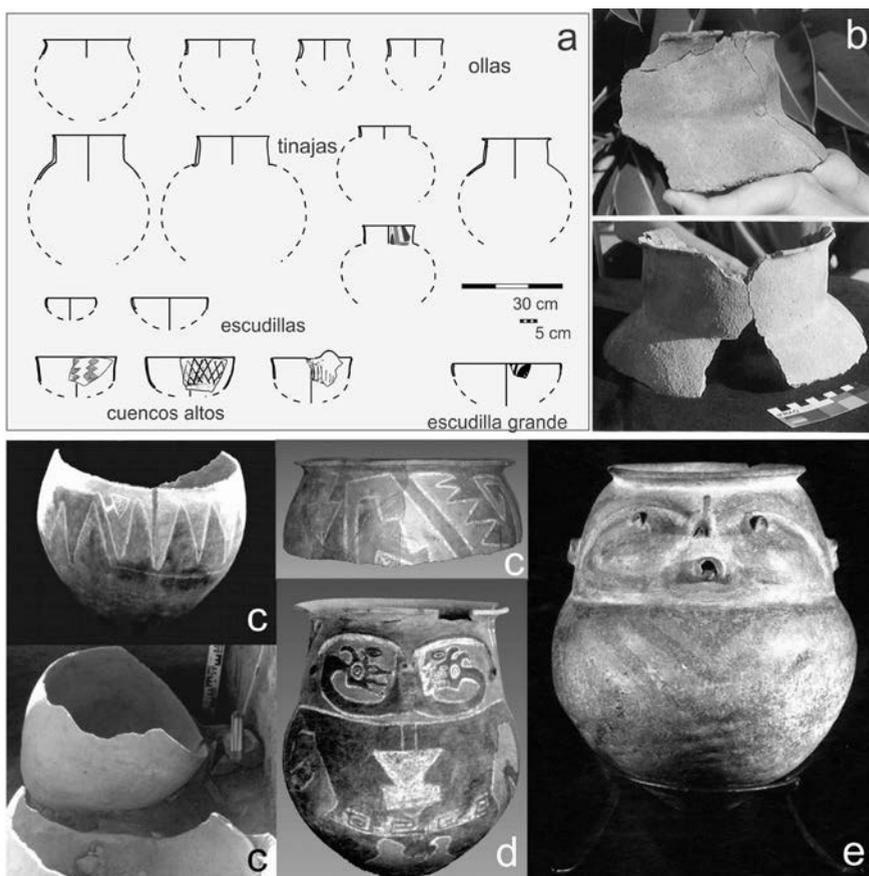


Figura 12. Arriba, a y b: Alfarería de Morro de las Espinillas (fotos y dibujo de la autora). Abajo: tinajas pintadas de época contemporánea; c: Grandes tinajas para producir bebidas fermentadas en el sitio de La Rinconada (tomado de Gordillo 2004); d: Tinaja de Ambato, estilo Ambato Tricolor o Cortaderas (González 1998); e: tinaja de Chaquiago (González 1998).

del modelo cronológico-cultural corriente en la provincia de Catamarca, donde el paso por un estadio de la fase La Aguada es una expectativa casi inexorable.

Por sus características morfológico-funcionales, es posible que las tinajas de Morro de las Espinillas, sobre todo las no decoradas, sirvieran para almacenamiento, maceración de sustancias, elaboración de bebidas y transferencia de líquidos. En cambio, las que han tenido inversión de trabajo en su decoración y acabado pudieron haber cumplido funciones de servicio de bebidas en contextos en los que la exhibición visual fue oportuna o ventajosa. Esta diversidad y proporción de tinajas no aparece en contextos cerámicos anteriores a la fase

Bañado. Sin embargo, este uso de tinajas con buen acabado era compartido al mismo tiempo con otros grupos contemporáneos, incluidos aquellos distantes 70-100 km hacia el sur. Grandes tinajas decoradas, de estilo Ambato Tricolor o Cortaderas Polícromo, y otras de pasta ordinaria han sido encontradas en el sitio de La Rinconada de Ambato (al que se han atribuido funciones ceremoniales) asociadas a contextos de elaboración y almacenamiento de bebidas (Figura 12). Una proliferación de estas formas de tinajas y cántaros, junto con escudillas y tazones decorados, en ciertos sitios de distintos valles parece indicar que, en ese momento, hubo un incremento del uso de bebidas en contextos de consumo colectivo y celebraciones festivas. Dicho de otra forma, la “economía estética” de la cerámica se había transformado y, en el transcurso de varios siglos, el impulso de estilización de la manufactura alfarera había sufrido un desvío desde los vasos votivos hacia la vajilla de servicio. En palabras de Gombrich (2003: 10), el “nicho ecológico” ideal para las imágenes, la estilización estética, el despliegue decorativo y la manufactura depurada no solo lo constituía el vaso votivo de las mesas de culto y altares, sino también la vajilla para las mesas de comensales. El consumo del estilo había cambiado.

Morro de las Espinillas no es la única aldea concentrada de los siglos IX y X. En el mismo valle de Santa María, Morro del Fraile, un poblado conglomerado con más de 70 estructuras “sobre las crestas del cerro”, presenta también cerámica no figurativa del estilo La Aguada (Coll Moritan y Nastri 2015). En la misma época, hacia el norte, el sitio Molinos I, en el valle Calchaquí, es un asentamiento aglutinado con más de 100 estructuras residenciales, también contemporáneo con La Rinconada y Piedras Blancas. Aunque “el asentamiento es estructuralmente muy similar a los de la ocupación Santamariana”, presenta cerámica considerada de “la transición a los Desarrollos Regionales” (Baldini 1992).

En el siglo X, Rincón Chico y Pichao presentan como componente más antiguo la cerámica de estilo santamariano (Cornell y Johansson 1993; Tarragó et al. 1997). En estos dos lugares se establecerán los grandes poblados aglomerados y defensivos típicos del Período de Desarrollos Regionales que durarán hasta la expansión inka y la invasión española. Algo parecido ocurrirá más al norte, en la Quebrada de Humahuaca, donde hubo una gran concentración de población en sus pueblos y pucará (Nielsen 1996).

Como se ha mencionado antes el patrón de asentamiento disperso siguió en auge durante esta fase Colalao como lo demuestran las instalaciones de Caspinchango -El Ciénago, Loma Alta y, entre otros, El Remate, con grandes núcleos residenciales y un diseño complejo de sus terrenos de cultivo (Aschero y Ribotta 2007).

Fuera de nuestra área, hacia el oeste, en la Puna, en Tebenquiche se estructuraron y florecían los “oasis” agrícolas y pastoriles de la Puna (Haber 1999). Mientras tanto, en el valle de Taftí, también hacia los siglos IX y X, según Berberían (1989) hubo una creciente tendencia a la concentración aldeana, aunque sin separación completa entre el poblado y el espacio de producción, pero recientes estudios de Salazar sostienen que “en los sitios más concentrados se encuentran las ocupaciones más tempranas, ya que los mismos constituyen el resultado de varios siglos de crecimiento, conflictos y negociaciones entre las familias que los conformaban y los más dispersos presentan las evidencias más recientes, ya que responden a las ocupaciones que más tardíamente se fisieron y en su trayectoria no alcanzaron a cristalizar bases más amplias. Paradójicamente, este escenario se encuentra en las antípodas de los modelos que esperaban que los asentamientos aldeanos más tardíos fueran los más concentrados, dentro de una tendencia a la eficientización y complejización del uso del espacio” (Salazar 2010).

Los sitios en Ambato que contienen la característica cerámica de estilo La Aguada, con su rica imaginaria felínica, vinculados a estructuras tipo montículo y plazuelas, se ocupaban durante esta época, como en el caso de La Rinconada, Piedras Blancas, Bordo de los Indios o Huallumil. La Rinconada, aparte de su montículo/plataforma, presenta 28 habitaciones distribuidas en conjuntos asociados a grandes patios (densidad: 20 habitaciones/hectárea).

De Ambato proviene una gran cantidad de escudillas y vasos negros grabados de excelente factura y profusa decoración figurativa, así como grandes tinajas pintadas en varios colores que habrían sido destinadas a la producción y almacenaje de bebidas fermentadas (Gordillo 2004). Algo más al sur, del sitio Choya 68, un gran montículo artificial, proceden también grandes vasijas decoradas en el estilo denominado “Aguada-Portezuelo” (Baldini et al. 2002).

En síntesis, entre los siglos IX y X, las poblaciones prehispánicas contaban con una amplia gama de medios estilísticos y de diseño para seleccionar rasgos, optar por motivos, expresarse simbólicamente y, en resumen, combinarlos de manera creativa para la conformación de sus recipientes. Al final del primer milenio se advierte una mayor muestra de ejercicio estético y oficio técnico competente en la vajilla de servicio, cuencos, escudillas, jarros de beber y grandes cántaros. La manufactura cerámica había logrado arcillas bien cocidas, paredes delgadas y duras, la estabilización de algunas formas, la aplicación de incisión en pastas casi secas y el empleo diestro de colores. La generalización de estos atributos podría ser efecto de una mejora en las técnicas de manufactura cerámica por toda la región.

Conclusiones

Se han descripto atributos del paisaje edificado para examinarlos como conjuntos de recursos de diseño, formales, técnicos y simbólicos que permiten erigir un hábitat construido según las posiciones, capacidades, disposiciones y estrategias sociales de los agentes involucrados en su edificación.

Las primeras instalaciones de labradores y pastores en el sur de los valles Calchaquíes están constituidas por conjuntos de viviendas de planta circular y rectangular, distribuidos más o menos cercanos, pero desagregados, mientras que los sitios contemporáneos singularizados con túmulos se revelan de manera notoria al este de nuestra área de estudio (Valle de Taftí, El Mollar). Desde la primera radicación aldeana se inicia la expansión de la población sobre terrenos apropiados para su modo de vida agrario, lo que condujo a que los rasgos de esta domesticación del paisaje se multiplicaran por enormes superficies de un modo iterativo y redundante a todo lo largo del primer milenio EC. A medida que se llenaron los vacíos, se estabilizaron una variedad de modos de ocupación del espacio y se configuraron modalidades de apropiación del paisaje que abarcaban aldeas aglomeradas, sitios con túmulos, caseríos dispersos o semiconglomerados, puestos de caza y pastoreo y las ocupaciones iniciales en sitios que van a tener un desarrollo posterior. Junto con la modalidad de instalación en grandes poblados conglomerados, adoptada extensamente con posterioridad al 1000 EC, se mantienen estancias rurales de carácter disperso.

Durante los siglos VIII y IX EC hubo una alta diversificación en los medios de edificación, agrupamiento y concentración del espacio construido, y se revelan de manera más notable los pocos principios que regulan su ordenación. Se han distinguido lugares donde la edificación colocaba –de manera compacta– los efectivos humanos en un espacio habitacional colectivo y destacado, tales como Morro de las Espinillas, Morro del Fraile y, en el Calchaquí Medio, Molinos I, a los que consideramos sedes de interacción social concentrada. Mientras que la erección de monumentos y renovación de estructuras tumuliformes pudo haber continuado en el valle de Taftí y más al sur en La Rinconada, Piedras Blancas (Gastaldi 2017) o Choya 68, o más al norte en La Angostura, donde se han singularizado hitos en el espacio mediante la colocación de marcas visuales y construcciones escenográficas para la conmemoración calendárica y ritual.

Cabe destacar que las dos formas de inversión arquitectónica tuvieron manifestaciones precoces –aunque fueran menos ostensibles–, es decir, los diversos medios estuvieron disponibles en una amplia extensión y no se pueden

segregar fácilmente por sectores y por períodos de manera categórica. En el espacio, se ponen de manifiesto más visiblemente a la escala de análisis aquí abordada, que es la de las construcciones residenciales y anexos. Y en términos del tiempo, no se debería concluir que los asentamientos se puedan encasillar en dos categorías disyuntas, a diferencia de lo que se sostiene en la historia cultural más conocida –que se ha discutido más arriba– la cual atribuye al Período Medio sólo los montículos y plataformas correspondientes al “fenómeno Aguada” y, por ende, de allí se deduzca su más precoz complejidad. Como se recordará, hubo viviendas reunidas –aunque disgregadas– en lugares aislados como Tesoro II o Los Corrales al principio del primer milenio EC, así como montículos y espacios ceremoniales en Tafi o en La Angostura atribuibles también al Período Medio. En cuanto a la complejidad alcanzada, la interpretación sobre el Valle de Ambato dada por Cruz (2006) no difiere mayormente de la que ha sido postulada para los desarrollos contemporáneos en el Valle de Tafi tanto respecto a la presencia de montículos como a la jerarquía de los asentamientos (López Lillo 2017; Salazar et al. 2015).

En suma, la distinción no responde a una división espacial o temporal de grupos humanos sino a la puesta en práctica de distintas rutinas de modificación del hábitat que permiten a las personas incorporar los efectos simbólicos de la inversión arquitectónica tanto por tener la capacidad de disponer y controlar el bien como por detentar la representación de la obra construida. El estudio comparativo de los últimos siglos del primer milenio y los primeros del siguiente tampoco avalan el supuesto de un colapso generalizado de los lugares ceremoniales, de unas hipotéticas jefaturas instituidas y el reemplazo repentino de poblaciones. Pero fue durante los siglos IX a XI que las diversas formas de inversión edilicia y de confección de objetos, al materializarse de manera ostensible y duradera, permitieron producir, en los distintos ámbitos en los que se manifestaban, beneficios simbólicos diferenciados y que la apropiación diferencial de estos recursos por parte de las poblaciones pusiera en juego y activara sus posiciones estructurales recíprocas y contribuyera, de esta manera, a la construcción de identidades y medios de legitimación distintivos.

Agradecimientos. Debo especial reconocimiento a la Dra. Lorena Sanhueza R., al Dr. Andrés Troncoso y al Dr. Roberto Campbell por su generosa invitación a participar del coloquio “Complejidad en sociedades ni tan complejas: casos, procesos y modelos”. Doy las gracias a los evaluadores anónimos que me ayudaron a mejorar el manuscrito y a los editores del presente volumen, Dra. Isabel Cartajena F., Dr. Francisco Garrido E. y Dra. Itaci Correa G. Agradezco a los

miembros del equipo PasCal (Pasado Calchaquí) que me han acompañado y contribuido durante los trabajos de campo y laboratorio. Las investigaciones fueron financiadas con subsidios del CONICET y de la ANPCyT de Argentina.

Bibliografía

- Álvarez Larraín, A. y S. Lanzelotti. 2013. Habitar y cultivar en el este del valle de Yocavil. En *La Espacialidad en Arqueología. Enfoques, métodos y aplicaciones*, editado por I. Gordillo y J. M. Vaquer, pp. 151-190. Editorial Abya-Yala, Quito.
- Angiorama, C. 1996-98. Nuevos aportes a la cronología de Condorhuasi-Alamito. *Palimpsesto* 5:100-105.
- Aschero, C. A. y E. E. Ribotta. 2007. Usos del espacio, tiempo y funebria en el remate (Los Zazos, Amaicha del Valle, Tucumán). En *Paisajes y Procesos Sociales en Tafi del Valle*, compilado por P. Arenas, B. Manasse y E. Noli, pp. 79-94. Imprenta de la Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
- Assandri, S. 2007. *Procesos de complejización social y organización espacial en el Valle de Ambato, Catamarca, Argentina*. Tesis de Maestría, Universidad Internacional de Andalucía, Andalucía.
- Assandri, S. y M. Gastaldi. 2018. Cuarenta años de investigaciones: datos espaciales, arqueología y SIG en el Valle de Ambato (Provincia de Catamarca, Argentina). *Mundo de Antes* 12 (2):13-41.
- Baldini, L. 1992. El sitio Molinos I dentro de los esquemas de desarrollo cultural del Noroeste argentino. *Arqueología* 2:53-68.
- Baldini, M., J. Carbonari, G. Cieza, M. E. De Feo, M. F. Del Castillo Bernal, R. Huarte, A. Figini, A. R. González y J. Togo. 2002. Primer análisis de la cronología obtenida en el sitio Choya 68 (Dpto. de Capayán, Provincia de Catamarca, Argentina). *Estudios Atacameños* 24:71-82.
- Berberián, E. (dir.) 1989. *Sistemas de Asentamiento Prehispánicos en el Valle de Tafi*. Editorial Comechingonia, Córdoba.
- Bourdieu, P. 1994. Stratégies de reproduction et modes de domination. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 105: 3-12.
- Bourdieu, P. 1997. *Razones Prácticas*. Traducido por T. Kauf. Editorial Anagrama, Barcelona.

- Bourdieu, P., 2000 [1983]. Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social. En: *Poder, Derecho y Clases Sociales*, editado por P. Bourdieu, pp. 131-164. Desclée de Brouwer, Bilbao.
- Bruch, C., 1911 *Exploraciones Arqueológicas en las Provincias de Tucumán y Catamarca*. Revista del Museo de La Plata, 19. Universidad Nacional de La Plata.
- Cigliano, E. M. (dir.) 1960. *Investigaciones Arqueológicas en el Valle de Santa María*. Publicación 4. Instituto de Antropología. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional del Litoral, Rosario.
- Cigliano, E. M., R. Raffino y H. Calandra. 1976. La aldea formativa de Las Cuevas. (Provincia de Salta). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 10:73-130.
- Connerton P. 1989. *How Societies Remember*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Cornell, P. y N. Johansson. 1993. Desarrollo del asentamiento del sitio STucTav 5 (Pichao), Provincia de Tucumán. Comentarios sobre dataciones de ¹⁴C y luminiscencia. *Publicaciones* 2:31-43.
- Coll Moritan, V. y J. Nastri. 2015. Organización social y asentamientos Intermedio Tardíos en el Valle de Santa María: problemas y vías de análisis. *Arqueología* 21 Dossier: 67-87.
- Cortés, L. I. 2005. *Contextos funerarios del período Formativo: aportes desde una comparación entre los valles y las yungas*. Tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Chilton, E. 1999. One size fits all. Typologies and alternatives for ceramic research. En *Material Meanings. Critical Approaches to the Interpretation of Material Culture*, editado por E. Chilton, pp. 44-60. The University of Utah Press, Salt Lake City.
- Cremonte, M. B. 2003. Producción cerámica de la tradición Tafi. Estudios tecnológicos de la alfarería arqueológica de La Ciénega (Tucumán, Noroeste de Argentina). *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, 13: 57-74.
- Cruz, P. J. 2006. Complejidad y heterogeneidad en los Andes meridionales durante el Período de Integración Regional (siglos IV-X d. C.) Nuevos datos acerca de la arqueología de la cuenca del río de Los Puestos (dpto. Ambato-Catamarca, Argentina). *Bulletin de l'Institut français d'études andines* 35 (2): 121-148.
- Delfino, D. 1999. Prospecciones en los 90': Nuevas evidencias para repensar la arqueología de Laguna Blanca (Dpto. Belén. Catamarca). *Revista de Ciencia y Técnica* 7:55-80.

- DILA. 2018. *Fondo documental Dr. Alberto Rex González*. Laboratorio de Documentación e Investigación en Lingüística y Antropología. Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica (CAICYT). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Argentina. Disponible en <http://www.caicyt-conicet.gov.ar/dila/collections/show/1>.
- Drennan, R. 1988. Household Location and Compact versus Dispersed Settlement in Prehispanic Mesoamerica. En *Household and Community in the Mesoamerican Past*, editado por R. Wilk y W. Ashmore, pp. 273-293. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Duviols, P. 1979. Un symbolisme de l'occupation, de l'aménagement et de l'exploitation de l'espace : Le monolithe 'huanca' et sa fonction dans les Andes préhispaniques. *L'Homme* 29(2): 7-31.
- Figueroa, G. 2009. Agricultura y potencial productivo en el Valle de Ambato, Catamarca, Argentina (siglos VI a XI d. C.). *Revista del Museo de Antropología*. 2: 39-52.
- Flores, P. y M. B. Velárdez. 2018. Las huellas de las aves en las sociedades pasadas: análisis semiótico de representaciones ornitomorfos (Fenómeno Aguada, NOA). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 23 (2): 59-77.
- Gastaldi, M. 2017. Monumentos, arqueología y perspectiva local. El caso de los montículos basureros del Valle de Ambato (Noroeste de Argentina). *Estudios Atacameños* 55: 57-83.
- Gero, J. M. 1989. Assessing social information in material objects: How well do lithics measure up? En *Time, Energy and Stone Tools*, editado por R. Torrence, pp. 92-105. Cambridge University Press, Cambridge.
- Gombrich, E. H. 2003. *Los Usos de las Imágenes. Estudios sobre la Función Social del Arte y la Comunicación Visual*. Editorial Fondo de Cultura Económica, México D. F.
- Gómez Augier, J. P. y Caria, M. A. 2012. Caracterización arquitectónica y espacial de los complejos habitacionales y productivos del sitio El Divisadero (Cumbres Calchaquies -Tucumán) *Comechingonia*. *Revista de Arqueología* 16: 105-127.
- González, A. R. 1963. Cultural development in NW Argentina. En *Aboriginal Development in Latin America: An Interpretative Review*, editado por B. Meggers y C. Evans, pp. 103-117. Smithsonian Miscellaneous Collection, Washington.
- González, A. R. 1964. La cultura de La Aguada del N. O. Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 2-3:205-253.
- González, A. R. 1977. *Arte Precolombino en Argentina*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.

- González, A. R. 1998. *Arte Precolombino. Cultura La Aguada. Arqueología y Diseños*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.
- González A. R. y G. Cowgill. 1975. Cronología arqueológica del Valle de Hualfin, Provincia de Catamarca, Argentina. Obtenida mediante el uso de computadoras. *Actas Primer Congreso de Arqueología Argentina* (Rosario), pp. 383-404. Buenos Aires.
- González, A. R. y H. Lagiglia. 1973. Registro nacional de fechados radiocarbónicos: necesidad de su creación. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 7:291-312.
- González, A. R. y V. A. Núñez Regueiro. 1962. Preliminary report on archaeological research in Tafi del Valle, N.W. Argentina. *Akten des 34 Internationalen Amerikanisten Kongress*, pp. 18-25.
- Gordillo, I. 2004. *Organización socioespacial y religión en la arqueología de Ambato: el sitio ceremonial de La Rinconada*. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Greco, C. 2012. *Integración de datos arqueológicos, radiocarbónicos y geofísicos para la construcción de una cronología de Yocavil y alrededores*. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Haber, A. 1999. *Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenios d. C.* Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Heredia, O. R. 1974. Investigaciones arqueológicas en el sector meridional de las Selvas Occidentales. *Revista del Instituto de Antropología* 5:73-132.
- Ingold, T. 1993. The temporality of the landscape. *World Archaeology* 25(2): 152-74.
- Krapovickas, P. 1955. *El Yacimiento de Tebenquiche (Puna de Atacama)*. Publicaciones del Instituto de Arqueología 3, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Krapovickas, P. 1968. Arqueología de Alto de Medina, Provincia de Tucumán, Argentina. *Rehue* 1:89.124.
- Laguens, A. y S. Juez. 2001. Especialización en la manufactura cerámica de pucos Aguada. En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* I: 489-504.
- Laguens, A. 2004. Arqueología de la diferenciación social en el valle de Ambato, Catamarca, Argentina (S. II - VI d. C.): el actualismo como metodología de análisis. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 29:137-161.

- Laguens, A. 2006. Continuidad y ruptura en procesos de diferenciación social en comunidades aldeanas del Valle de Ambato, Catamarca, Argentina (S. IV-X d.C.). *Chungará. Revista de Antropología Chilena* 38(2):211-222.
- Lanzelotti, S. L. 2012. *Uso del espacio y construcción del paisaje agrícola en la cuenca del río Caspinchango, valle de Yocavil, provincia de Catamarca*. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Lanzelotti, S. L. y R. C. Spano. 2014. La multitemporalidad del paisaje en la Mesada del Agua Salada (Catamarca, Argentina) *Arqueología* 21(1): 47-71.
- Lazzari, M. 2006. *Traveling things and the production of social spaces: an archaeological study of circulation and value in NW Argentina*. Tesis doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Columbia, Nueva York.
- Lazzari, M. y L. Pereyra Domingorena. 2008. Revisitando Ingenio Arenal-Faldas del Cerro (Catamarca): Relevamiento planimétrico y nuevos sondeos. En *Problemáticas de la Arqueología Contemporánea*, compilado por A. Austral y M. Tamagnini, Tomo II, pp. 761-764. Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto.
- Lazzari, M., J. García Azcárate y M. C. Scattolin. 2015. Imágenes, presencias, memorias. Genealogía y geografía en la piedra durante el primer milenio D. C. En *Crónicas Materiales Precolombinas. Arqueología de los Primeros Poblados del Noroeste Argentino*, compilado por A. Korstanje y M. Lazzari, pp. 603-633. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- Lazzari, M., L. Pereyra Domingorena, W. D. Stoner, M. C. Scattolin, M. A. Korstanje, y M. D. Glascock. 2017. Compositional data supports decentralized model of production and circulation of artifacts in the pre-Columbian south-central Andes. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 114 (20) E3917-E3926.
- Ledesma, R. 2015. Las estructuras funerarias prehispánicas en Cafayate (Salta). Estudio de territorialidad. *Mundo de Antes* 9: 169-192.
- Ledesma, R. y C. Subelza. 2009. Alcances y limitaciones para caracterizar las ocupaciones formativas en Cafayate (Salta). *Andes. Antropología e Historia* 20: 75-108.
- Llagostera, A. 1995. El componente cultural Aguada en San Pedro de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 6: 9-34.
- López Lillo, J. 2017. Rethinking Tafi: A political approach to the landscape of a Southern Andes Formative community. En *Archaeology and geomatics: Harvesting the benefits of 10 years of training in the Iberian Peninsula (2005-2015)*, editado por V. Mayoral, C. Párcero y P. Fábregas, pp: 227-247. Sidestone Press, Leiden.
- Lumbreras, L. G. 1981. *Arqueología de la América Andina*. Editorial Milla Bartres. Lima.

- Nastri, J. 2008. La figura de las largas cejas de la iconografía santamariana. Chamanismo, sacrificio y cosmovisión calchaquí. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13 (1): 9-34.
- Nielsen, A. E. 1995. Architectural Performance and the Reproduction of Social Power. En *Expanding Archaeology*, editado por J. M. Skibo, W. H. Walker y A. E. Nielsen, pp. 47-66. University of Utah Press, Salt Lake City.
- Nielsen, A. E. 1996. Demografía y cambio social en Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina) 700-1535 d.C. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 21:307-354.
- Núñez Atencio, L. 1999. Las formaciones históricas del desierto y de los bosques meridionales. En *Historia de América Andina. Las Sociedades Aborígenes*, editado por L. Lumbreras, pp. 284-330. Universidad Andina S. Bolívar, Ecuador.
- Núñez Regueiro, V. A. 1974. Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5:169-190.
- Núñez Regueiro, V. A. 1998. *Arqueología, Historia y Antropología de los Sitios de Alamito*. Ed. INTERDEA, Tucumán.
- Núñez Regueiro, V. A. y M. Tartusi. 2002. La Aguada y el proceso de integración regional. *Estudios Atacameños* 24: 9-19.
- Oliszewski, N. 2011. Ocupaciones Prehispánicas en La Quebrada de Los Corrales, El Infiernillo, Tucumán (ca. 2500-600 años ap). *Comechingonia. Revista de Arqueología* 14: 155-172.
- Olivera, D. 1991. *Tecnología y Estrategias de adaptación en el Formativo (Agro-alfarero Temprano) de la Puna Meridional Argentina. Un caso de estudio: Antofagasta de la Sierra (Pcia. de Catamarca)*. Tesis doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Palamarczuk, V., R. Spano, F. Weber, D. Magnífico, S. López y M. Manasiewicz. 2007. Soria 2. Apuntes sobre un sitio Formativo en el valle de Yocavil (Catamarca, Argentina). *Intersecciones en Antropología* 8: 121-134.
- Pastor, S. y D. Rivero. 2004. Nuevas evidencias en torno a la ocupación agroalfarera temprana del valle de Yocavil. En *Mosaico. Trabajos en Antropología Social y Arqueología*, editado por M. Carballido, pp. 189-199. Fundación Félix de Azara, Universidad CAECE. Buenos Aires.
- Pelissero, N. y H. Difrieri. 1981. *Quilmes*. Ed. Gobierno de la Provincia de Tucumán, Tucumán.

- Pérez Gollán, J. A. 1991. La cultura de La Aguada vista desde el valle de Ambato. *Publicaciones* 46:157-173.
- Pérez Gollán, J. A. 1994. *Los Sueños de Jaguar. Imágenes de la Puna y la Selva Argentina*. Museo Chileno de Arte precolombino, Santiago de Chile.
- Pérez Gollán, J. A. 2000. El jaguar en llamas (La religión en el antiguo Noroeste argentino). En *Nueva Historia Argentina: I. Los pueblos originarios y la conquista*, dirigido por M. Tarragó, pp. 229-256. Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Pérez Gollán, J. A. e I. Gordillo. 1994. Vilca/Uturuncu. Hacia una arqueología del uso de alucinógenos en las sociedades prehispánicas de los Andes del Sur. *Cucuilco* 1 (1): 99-140.
- Pérez Gollán, J. A. y O. Heredia. 1990. Hacia un replanteo de la cultura de La Aguada. *Cuadernos* 12:161-178.
- Quesada, M. 2005. Prácticas cotidianas y estructuras de larga duración. La reproducción del paisaje agrícola en Tebenquiche Chico. Comunicación presentada al Taller "Procesos Sociales Prehispánicos en los Andes Meridionales". Instituto Interdisciplinario Tilcara, Jujuy.
- Raffino, R. A. 1977. Las aldeas del Formativo Inferior de la Quebrada del Toro. (Provincia de Salta, República Argentina). *Obra del Centenario del Museo de La Plata* 2: 253-299.
- Raffino, R. 2007. *Poblaciones Indígenas en Argentina. Urbanismo y Proceso Social Precolombino*. EMECÉ, 3ª Edición, Buenos Aires.
- Salazar, J. 2010. *Reproducción social doméstica y asentamientos residenciales entre el 200 y el 800 d.C. en el valle de Tafí, Provincia de Tucumán*. Tesis doctoral inédita, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- Salazar, J., V. Franco Salvi y R. Molar. 2015. Comunidades de prácticas y reproducción social. Una relectura de las dinámicas sociales de los asentamientos aldeanos del primer milenio en los valles intermontanos del NOA. En *Reproducción Social en Sociedades Prehispánicas y Coloniales Tempranas en las Sierras Pampeanas (República Argentina)*, editado por J. Salazar, pp. 342-392. CEH-CONICET, Córdoba.
- Salazar, J. y R. Molar. 2017. Estudio comparativo de dos sitios aldeanos del primer milenio d.C. en Tucumán, Argentina. *Comechingonia. Revista de Arqueología* 21 (1): 123-148.
- Salazar, J. A. 2006. Geología regional del Valle Calchaquí, Argentina. *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales* 56: 133-150.

- Scattolin, M. C. 1990. Dos asentamientos formativos al pie del Aconquija: El sitio Loma Alta (Catamarca, Argentina). *Gaceta Arqueológica Andina* 5(17): 85-100.
- Scattolin, M. C. 2003. Recursos arquitectónicos y estilos cerámicos en los siglos IX y X d. C. en el valle de Santa María (Catamarca, Argentina). En *Local, Regional, Global: Prehistoria, Protohistoria e Historia en los Valles Calchaquíes*, editado por P. Cornell y P. Stenborg, pp: 63-98. Instituto Iberoamericano, Gotemburgo.
- Scattolin, M. C. 2006a. Contornos y confines del período Formativo en el Noroeste argentino. El universo iconográfico pre-calchaquí en el Valle de Santa María. *Estudios Atacameños* 32:119-139.
- Scattolin, M. C. 2006b. Categoriemas indígenas y designaciones arqueológicas en el Noroeste argentino prehispánico. *Chungará. Revista de Antropología Chilena* 38(2):185-196.
- Scattolin, M. C., 2006c. De las comunidades aldeanas a los curacazgos en el Noroeste argentino. En *Procesos y Expresiones de Poder, Identidad y Orden Tempranos en Sudamérica, Primera Parte*, editado por P. Kaulicke y T. D. Dillehay. *Boletín de Arqueología PUCP* 10:357-398. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Scattolin, M. C., 2007a. Santa María antes del año mil. Fechas y materiales para una historia cultural. En *Sociedades Precolombinas Surandinas: Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 203-219. Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Scattolin, M. C., 2007b. Un examen del espacio residencial y productivo en el Aconquija. *Shincal* 7:135-149.
- Scattolin, M. C., M. F. Bugliani, L. Pereyra Domingorena, L. Cortés, M. Lazzari M., A.D. Izeta, C. Calo. 2015. Habitar, circular, hacer. El punto de vista de La Quebrada. En *Crónicas Materiales Precolombinas. Arqueología de los Primeros Poblados del Noroeste Argentino*, compilado por A. Korstanje y M. Lazzari, pp. 427-464. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- Scattolin, M. C. y J. M. Gero. 1999. Consideraciones sobre fechados radiocarbónicos de Yutopían (Catamarca, Argentina). *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, III: 352-357. La Plata.
- Tarragó, M. N. 1980. Los asentamientos aldeanos tempranos en el sector septentrional del Valle Calchaquí, provincia de Salta, y el desarrollo agrícola posterior. *Estudios Arqueológicos* 1:29-53.

- Tarragó, M. N., 1989. *Contribución al conocimiento arqueológico de los oasis de San Pedro de Atacama en relación con otros pueblos puneños, en especial el sector norte del Valle Calchaquí*. Tesis doctoral, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- Tarragó, M. N., 1996. El Formativo en el Noroeste argentino y el alto Valle Calchaquí. Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* 23(1/4):103-119.
- Tarragó, M. N., 2018. Symbols, Offerings, and Metallic Goods from the Puna and Quebrada de Humahuaca, Northwestern Argentina. En *Images in Action: The Southern Andean Iconographic Series*, editado por W. H. Isbell, M. I. Uribe, A. Tiballi y E. P. Zegarra, pp: 399-421. *Cotsen Advanced Seminars* 6, Cotsen Institute of Archaeology, Los Angeles.
- Tarragó, M. N., L. González y J. Nastri. 1997. Las interacciones prehispánicas a través del estilo: el caso de la iconografía santamariana. *Estudios Atacameños* 14:223-242.
- Tarragó, M. y M. C. Scattolin. 1999. La problemática del Período Formativo en el Valle de Santa María. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 1: 142-153.
- Tartusi, M. y V. Núñez Regueiro. 1993. Los centros ceremoniales del NOA. *Publicaciones* 5:1-49.
- Troncoso, A. y D. Jackson. 2009. Images that travel: Aguada rock art in north-central Chile. *Rock Art Research* 26 (2): 43-60.
- Yacobaccio, H.D., P. S. Escola, F. X. Pereyra, M. Lazzari, M. D. Glascock. 2004. Quest for ancient routes: obsidian research sourcing in north-western Argentina. *Journal of Archaeological Science* 31 (2): 193-204.
- Zvelebil, M., S. W. Green y M. G. Macklin. 1992. Archaeological Landscapes, Lithic Scatters, and Human Behavior. En *Space, Time and Archaeological Landscapes*, editado por J. Rossignol y L. Wandsnider. 193-226. Plenum Press, New York.